

AMERICA

N.º 37



Gonzalo Zaldumbide



AMERICA

Contenido del N° 37

Augusto Arias: *La fiesta de la Lira*.—Gonzalo Zaldumbide: *Mi regreso a Cuenca*.—
Cornelio Crespo Vega: *Elogio a don Gonzalo Zaldumbide*.—Manuel Coello Noriast: *La
epopeya del debol*.—Alfredo L. Palacios: *Fragmentos del libro "Universidad y
Democracia"*.—Remigio Crespo Toral: *Guanabara*.—Jorge Carrera Andrade: *Poema
de la Cooperación*.—Sixto M. Durán: *Música y música*.—Juan de Dios Navas E.:
En nuestra Galería de Pinturas.—Antonio Montalvo: *Poemas: Láminas, De Pro-
fundidad*.—Hugo Moncayo: *Nuevos poemas: El triunfo, Poema IX*.—Alejandro An-
drade Coello: *Al través de los libros*.—Ramón Vaquer: *Esbozo sobre la Felicidad*.—
Aspesia: *Mis hijos*.—Benjamin Jarón: *Raza, grillo*.—Rogelio Sotela: *Un mensaje*.—
Carlos Medina Chirinos: *Estudios históricos*.—Susana Coillán Drelich: *Arcano*.

DIRIGEN ESTA REVISTA

ALFREDO MARTINEZ

GUILLERMO BUSTAMANTE

AUGUSTO ARIAS

FERNANDO CHAVES

*

SUSCRIPCION:

Un ejemplar " 0,50
Dentro de la República, 12 entregas \$ 5,00
Exterior, 12 entregas Dos dólares

DIRECCION POSTAL:

AMERICA.—Apartado de Correos, N° 75.

Quito, Ecuador, S. A.

BEN-HUR



La grandiosa producción de The Metro Goldwyn Mayer

YA sea que forcemos violentamente el organismo en la práctica de un deporte, o ya que abusemos de la energía nerviosa e intelectual para las luchas que a diario libra cada uno en el gran estadio de la vida, la consecuencia casi inevitable es el dolor de cabeza, acompañado de malestar y depresión nerviosa. Nada produce entonces resultados más completos y admirables que una dosis de la famosa

CAFIASPIRINA

En pocos momentos alivia el dolor, por intenso que sea, regulariza la circulación de la sangre y restablece el equilibrio nervioso. Como natural consecuencia, el organismo recobra su energía y experimentamos una saludable sensación de bienestar.

Dolores de cabeza, migrañas y náuseas; neuralgias; jaquecas; reumatismo; lumbago; depresión nerviosa causada por excesivo trabajo mental; resfriados, etc.

¡Diga claramente:
"CAFIASPIRINA"
y no reciba nada
más!

**No afecta el corazón
ni los riñones.**



REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicación Mensual de la
Unión Ibero-Americana

Suscripción anual:
15 pesetas

Dirección:
Calle de Los Madrozo, N° 9
Madrid, España

SINTESIS

Revista Mensual de
Ciencias y Letras

Director:
MARTIN S. NOEL
Secretario General:
Héctor G. Ramos Mejía

Suscripción:
Por un año, \$ 10

Redacción y Administración:
Patricios, 1750-U. T.—21
Barracas 0037
Buenos Aires

Mercurio Peruano

Revista Mensual de
Ciencias Sociales y Letras

Director Fundador:
Victor Andrés Bello

Suscripción: 6 dólares

Apartado N° 176
Lima, Perú

UNIVERSIDAD

Revista Trimestral de
Cultura y
Vida Universitaria

Laureada con el Premio
Villarroya

Dirección Postal:
Revista «Universidad»
Zaragoza, España

España y América

Revista Comercial
Ilustrada, de Exportación,
Economía, Finanzas y
Letras

Director:
Eduardo de Ory

Suscripción a la edición
económica:
20 pesetas por año,
Alameda de Apodaca, 17 y 18
Cádiz, España

Revista Chilena

Diplomacia, Política,
Historia, Artes, Letras

Fundador:
Enrique Matta V.

Director:
Félix Nieto del Río
(Ministerio de Relaciones
Exteriores)—Correo 8
Santiago, Chile

UNIVERSIDAD

Semanario
de la vida colombiana

Director:
Germán Arciniegas

Apartado N° 491
Bogotá, Colombia

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:
J. M. Salazar Alvarez

Editores propietarios:
URIB & HSO.
Carrera 10, N° 268
Bucaramanga, Colombia

RA TODOS

Revista Fundada y Dirigida
por el Dr.

Manuel Zúñiga Idiáquez

San Salvador, El Sal-
vador
A. G.

PERFILES

Director:

Antonio Reyes

Dirección:

Apartado N° 434

Caracas, Venezuela

ELITE

Revista Semanal Ilustrada

Director - Editor:

Juan de Guruceaga

Suscripción por un
año: B 90

Oficina:

Principal a Santa Ca-
pilla, N° 6

Caracas, Venezuela

LA VIE LATINE

Organe officiel du Bureau
Permanent de la Presse
Latine et de l'Association
Paris-Amerique Latine.

Directeur Politique:

Maurice de Waleffe

Redacteur en Chef:

Pedro Osorio

49 bis, Avenue Hoche,
Paris

Revista Hispano- americana de Ciencias, Letras y Artes

Fundador y propietario:
José María de Gamoneda

Director:

Juan B. Acevedo

Dirección:

San Agustín, 7

Madrid, España

LA SIERRA

Organo de la Juventud
Renovadora Andina

Letras, Ciencias, Arte,
Historia, Ciencias Socia-
les y Polémica

Suscripción anual
2 dólares

Director:

J. Guillermo Guevara

Apartado N° 10 Lima, Perú

ORTO

Revista universal ilustrada
de Literatura y Arte

Director:

Juan F. Saviol

Dirección:

Martí, 31

Manzanillo, Cuba

BOLETIN

De la Real Academia de
Ciencias, Bellas Letras y
Nobles Artes

Suscripción:

Diez pesetas al año

Córdoba, España

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y
Letras.

Tribuna del Pensamiento
Izquierdista

Director:

Antonio Zamora

Dirección, Administración
y Talleres Gráficos:

San José, 1641.

Casilla de Correos N° 736

Buenos Aires, Argentina

Cultura Venezolana

Revista Mensual

Director:

José A. Tagliaferro

Suscripción:

Año 6 dólares

Apartado 293

Caracas, Venezuela

Año IV

1929

Junio

AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

Núm. 37

QUITO--ECUADOR

Apartado N° 75

La Fiesta de la Lira

GUARDA una tradición arraigada la fiesta de la lira cuencana. Los cantos de mayo que participaban del incomparable paisaje azuayo, del subjetivismo de sus poetas y de la nota religiosa, comenzaron a escucharse en el solar del Tomebamba desde 1887. El acento regional, expresivo de la placidez de la campaña, de la vida quieta, de los amores inocentes, sonó en el arpa de Honorato Vázquez y Miguel Moreno. Un ramillete lírico, de humanismo y aspiración divina, de cariños terrenos y presentimiento de la caducidad de las cosas, que se aviva cuando revienta la primavera, era la ofrenda de *Los Sábados de Mayo*.

En ese libro fraterno, con espontáneas expresiones, hallaremos quizá la raíz de la poesía mariana que se hizo singular en esa bella provincia del Ecuador, y la costumbre, renovada en cada año, de cantar juuto a las flores de mayo, enlazando el ritmo que pudiéramos decir íntimo, con la esplendidez de la huerta, la reminiscencia eglógica y la voz de la naturaleza.

La primicia poética de Crespo Toral triunfa con estos motivos y seduce con sus visiones comarcanas, acaricia con el perfume de las flores azuayas y deja su melodía insinuante en el alero del campanario, refugio de golondrinas.

El ejemplo de los poetas mayores se ha perpetuado en la tierra cuencana. En otros mayos, los cantores nuevos no olvidaron de encender las luciérnagas de su fantasía en el antiguo prado que no deja borrar la huella de las sandalias de los pastores.

Trajeron, talvez, palabras inesperadas, reunieron ya, en flexible punta moderna, la égloga que emigra, el madrigal eterno, la elegía que anticipa sombras. Pero no lograron separar de sus estrofas la gracia del *amancaes*, el aire modulado de los caminos, el incienso del retablo.

Sería larga la memoria de los poemas laureados en la Fiesta de la Lira. De referirnos a su espíritu, a sus asuntos, encontraríamos ese elemento común a la lírica cuencana, sello nativo, sincera entraña de sus versos.

De entre las composiciones merecedoras de la Flor Natural hay una que, evocando la tradición, cava hondo en el presente y anticipa, con adivinaciones y presentimientos, el mañana, próximo o lejano. Nos referimos a la *Egloga* de Remigio Romero y Cordero. Es el idilio del señor, dueño de la vasta hacienda, y de Crisantema, flor de los campos.

Amores truncados, diferencias sociales, ausencia. En escenario antiguo, suena en los carrizos agrestes la égloga muriente; tiembla una piedad en los amores castos y la elegía es una lágrima por los vivos amados que debemos olvidar.

Como este poema cuencano, elogiado en justicia, podríamos señalar otros y otros que se complementan y se continúan, formando una expresión propia, una *escuela* que no recuerda nada de otros poetas y que, reteniendo las sugerencias de la región, tiene viveza universal, acento comunicativo.

En este año, y para la Fiesta de la Lira, Gonzalo Zaldumbide ensayó uno de sus poemas en prosa, de ritmo largo y de aquellas pausas tan suyas, en las que la meditación íntima parece a veces fiesta extraña por lo pudorosa y pulcra y fina y casi alejada de sus colores. Otra emoción del regreso, pero no ya por la realidad de los caminos, sino en espíritu, con esa voluntad incóncil que suele bordar su prosa artística, ofreció a los poetas de Cuenca del Azuay el Mantenedor de su Fiesta. Por la lectura de esas páginas advertiremos cuán profundamente ha penetrado Zaldumbide en el corazón de la poesía cuencana y aunque no intente estudiar a sus poetas en líneas detenidas y minuciosas, consigue, de manera acabada, describir el marco que encierra y expande, que guarda y eleva a la vez, el concierto de sus voces poemáticas, libres de premura por la gracia del cauce que sabe conducir las en paseo de Arcadia. Allí, en el discurso del regreso, tiene viveza sin igual el camino. Extiéndese, umbroso y matizado, como si estuviera a nuesira vista, y la pobre mula injuriada en nombre de los motores de la civilización, deja su huella sobre el tamo y las hojas caídas, huella quieta que puede acordarse con las meditaciones del ginete que no busca el vértigo ferroviario, sino que alegra su melancolía con la idílica y lenta evocación de las rutas tranquilas.

Del crítico y poeta que acaricia como uno de sus mejores anhelos el de cincelar el cristal roqueño que reproduzca, sin los temblores del espejo vacilante, la figura de Crespo Toral, ha hecho un elogio moderno, original, aristado en su marco de franqueza y cuidadoso en los rasgos del retrato, ese ingenio vibrante que es Coruelio Crespo, andariego por las tierras de Castilla y amante del paisaje que es un *estado de alma*.

Esos dos discursos y el poema laureado no dejarán que olvidemos la Fiesta de la Lira de 1929.

En la poesía de Manuel Coello Noritz, adornada hoy con los lauros de la lira, acierta en sobriedad la moderna intuición y el motivo quiere pertenecerse a la tradicional fiesta perdurable, amoroso de la raíz del árbol que está grávido de fuerza en la encina cuencana y que tiene savia robusta en el capulí de ramas anchas, cordiales, como los brazos de un amigo inmóvil.

El triunfador en esta Fiesta de la Lira, seguirá manteniendo el prestigio de la poesía cuencana, así como los poetas jóvenes del Azuay, entre los que pudiéramos anotar nombres muy conocidos - Vicente Moreno Mora, Andrade, Mata, - que han rompido un horizonte nuevo con la flechilla aguda de "mañana", para que se bañe el campo de la poesía *nativista* en el que nos place señalar esos rasgos de *indianismo* de Humberto Mata, de colores tan justos, y aquellos sonos tan propios como los del *rondador*: chirimía, bocina, quipa....

El capulí es de compañía inseparable en los lares cuencanos. Cuelga sus racimos de coral hasta en los patios de las casas de la ciudad. Se eleva, corpulento y florido, en las huertas de las haciendas y en los jardines de las quintas.

En coro subyugador, las mujeres cuencanas escuchan el poema que halla feliz albergue en su sentimiento. El ánimo de los cantores se fortalece con esa compañía. Flores dilectas que triunfan en la floresta. El poeta, amigo del capulí, se arrima a un tronco añoso. Y deja que fluya el tiempo—[virtud de la Arcadia]—en la tarea de sorprender los milagros del campo para que hablen, de nuevo, en su musical confianza.

¿Cómo no han de tener delicados acordes las liras de esta fiesta, si la clavija que hace precisa la nota, que gobierna la cuerda, obedece a la presión de una fina mano de mujer?

Augusto ARIAS

MI REGRESO A CUENCA

Discurso de Don Gonzalo Zaldumbide, escrito para la Fiesta de la Lira de Cuenca

A Gabriela Mistral, poeta que ha nutrido su s ledad con la salvaje tristeza del Ande, padre de América;

y por cuyo genio augural amonesta el destino de América;

y en cuyo manso corazón heroico, repercuten, se abundan, los sobresaltos del incierto corazón de América;

a Gabriela Mistral, que comparte todo lo grande y consueña con todo lo humilde;

que todo lo perdona, sigsz, magnánima, y no necesita de nadie por ser de todos;

a Gabriela Mistral que con su gloria y todo, habría asistido gozosa a esta sencilla fiesta perdida en el seno abrupto de su cordillera, sedico, confiado, esperanzado, este recuerdo inactua.

Washington, Abril, 1929.

A esta ciudad y gentes a quien de lejos y de tiempo atrás había vuelto los ojos en espíritu y en deseo, vine hace un año. Quisiera volver esta vez, aunque no fuera ya lo mismo: hay frescuras de emoción y asombro que no se repiten; pero el encanto de novedad y descubrimiento háceme concentrado en el dejo de cordialidad que me quedó de vuestra hospitalidad y me ha acompañado en horas de cansancio. Recorrer vuestras soleadas calles y plazas, deparar con el vecindario, fuera ya en mí como continuación de un hábito fácil y familiar. Y hoy mismo, es a fuer de amigo y hermano vuestro, a fuer de cuencano de corazón y de adopción, como os dirijo la palabra. Privilegio insigne. No olvidaré jamás el ademán galante y señorial con que un poeta de los vuestros, y de los mejores nuestros, se despojó de este galardón para que lo sustentase en su lugar un amigo, casi un extraño, pero súbitamente hermanado a vosotros. Yo acepté—¿y como no?—este honor, sin ver en él otra cosa que la amable galanura del ofrecimiento, y sin acordarme de mi condición errante que iba a volver azaroso el cumplimiento de este deber, en forma casi de rito tradicional.

Tan hacederero me parecía ceder otra vez al atractivo de regresar, que os dejé como

prenda mi promesa y mi deseo: era una manera de quedarme entre vosotros. No he logrado volver a tiempo. Pero revisto, a que me reconozcáis mejor y refrendéis el derecho que me acordasteis en un momento de extrema generosidad, revisto, digo la investidora de cuencano con que me honrasteis. Conterráneo, conciudadano vuestro, hijo de Cuenca en espíritu y sentimiento de respeto, admiración y cariño esta investidora de honor, es para mí más que un título. Es el más vivo recuerdo de mi regreso, y es como el símbolo vivo de la unidad de la patria. Es algo consubstancial que se adhiere a la conciencia de mi origen, no vana condecoración de las que aprendemos a llevar, sonriendo, los diplomáticos. Tan cándida y sin mancha de infidelidad llevo esta invisible túnica inconsútil de gratitud, que, junto con otros afectos sagrados, y con lo poco bueno que de mi recuerdo quede en mi tierra, servirá de mortaja a mi nombre, para preservarlo de más pronto olvido, envuelto en este grato símbolo de la unidad de la patria.

Quisiera hallarme hoy día entre vosotros en cuerpo y alma. Quizás en el temblor de mi voz, que no viréis sino transpuesta y como traducida, reducida al pobre significado de mis palabras, privada de su raiambre en lo hondo del ser, que lo transmite su propio calor y la vibración de su sinceridad; quizás mi voz, mi emoción, os mostraran el sentimiento que a distancia me represento como inundándome, no de timidez ni extrañeza, no del temor con ribetes de vanidad, de asistir a un certamen literario, sino del bienestar ya probado, de vuestra intimidad, que fue mi halago mayor, cuando pasé entre vosotros, muy breves días pero a fondo, si cabe decirlo. Al darme la bienvenida a vuestro ambiente familiar, vosotros visteis en mí lo que quizás otros no ven lo que quieren negar. Y este placer, el placer de entenderse profundamente, aún a medias palabras; el placer de la inefable comunidad esencial, es de los pocos que deja incólumes, por lo raro, el trato con tan varias gentes como es el obligado fuera del país, en la vida de diplomático,—dorado exilio, que más deslumbra a los que se quedan que a los que se van. No es oro todo lo que reluce.

Hubiera querido — por lo menos haber escrito, sumido en la dulzura de vuestro valle, esta alocución, para dorarla un poco al reflejo de vuestro sol, y, oreada el alma de inquietudes, mecida en beatitud campestre a la impalpable caricia de vuestro viento, músico de los saules, ceñirla al marco violeta de vuestros montes tutelares, a vuestro horizonte que encierra un universo completo, como todo lugar bien amado.

Por contraste no buscado, es de Washington de donde os mando mi saludo con mi nostalgia. Doble, triple nostalgia: la del aislamiento, mal compensado con exteriores halagos; — la del clima, cuya paradisiaca suavidad imitan aquí cortas horas de primavera broseca y efímera; — la de extranjería inasimilable que engaña apenas la afable co tesía y la optimista benevolencia de esta gran raza próspera y feliz, cuyo bienestar y contentamiento la libran de la pequeñez e incomodidad de las antipatías, la vuelven hospitalaria, amplia, generosa, confiada, alegre.

Y si el contraste es externo, se dobla también con lecciones que en medio de esta grandeza recuerdan que hay otro género de felicidad más íntima. Esta raza opulenta, operosa, colmada, busca refugios. Aún a esta ciudad tranquila, de relativo sosiego espiritual y humano, llega el estruendo de océano de ese formidable empuje, industrial, inventivo, incansable, de su afán de trabajo febril y producción intensiva de cuanto ayude a la instalación y poderío material del hombre sobre la tierra. Busca refugios de desinterés y meditación, como lo pedía Ariel. Se acuerda de la nobleza esencial del hombre, que es más la de comprender que la de crear, y más la de crear con el pensamiento que con la acción. Así cultivan las humanidades, repasan la historia del mundo, y hasta a su fantástica riqueza le buscan destinos superiores, al par que observan sus efectos, descubriendo leyes y remedios cual si trataran de penetrar el fenómeno vital de la circulación del oro en las cinco partes del mundo, semejante a la de la sangre en el organismo; que también el oro da aliento al espíritu, para lograr vida y realidad a los ideales.

Profesan, pues ya el culto, entre vosotros antiguos, de la inteligencia pura, abundan en el estudio de las letras humanas y de las divinas. Pronto tendrán, y sin duda con la profusión que suelen en todos los órdenes, sabios, poetas, filósofos, eruditos. Si esta ascensión al espíritu es natural en su evolución, no es menos natural la inversa a que habéis obedecido siguiendo el rito de otras civilizaciones, las anteriores al progreso ma-

terial, en que lo primero era el hombre interior. Civilizados por dentro, gracias a las asiduas disciplinas espirituales cultivadas por generaciones, en medio a la penuria o carencia de adelantos materiales, estáis así prontos y maduros para recibir y adaptar los beneficios actuales de la civilización moderna. Cuando lleguen los trenes y se posen los aeroplanos, será para transportar hombres ya completos, ideas elaboradas, cultura bien ascendrada, que no solamente materias primas y hombres silvestres. No habéis desperdiciado vuestro tiempo, por haber, largamente, andado a lomo de mula. Marco Aurelio andaba en litera, a caballo, y tenía una visión del mundo, que sobrepasa los lindes de las edades.

La única medida humana del universo es el hombre y éste no es humano sino cuando piensa, sabe y medita. El riel que ciñe la tierra como dura cintura de hierro, no la humaniza ni la ennoblece como el hilo tenue del pensamiento con que el pastor de Caldea ataba por primera vez el curso de los astros. Vosotros sabréis poner en su debido lugar los instrumentos de magia con que se transforma el mundo; trenes y aviones, radios y laboratorios, vengan cuanto antes; pero no lo adorareis con el fetichismo de un café de chistera, no creereis que con ellos basta para ser civilizados. Sobre la comodidad del uso está la ciencia que la procura y sobre la ciencia que crea, la conciencia que la subordina.

Ni por respeto al pasado de la humanidad, ni por amor a la belleza natural, ni por comprensión de la nobleza de la vida espiritual y simple, sois menos ansiosos que los demás de todo progreso económico, ni por amor a la belleza, por estética ya anticuada, ni ascéticos por desprendimiento mal entendido. Modernos y civilizables por todo concepto y sentido, vehementes estamos todos por fábricas y aparatos. Pero no os avergoncéis de vuestra mula paciente, escarnio de arribistas apresurados.

Quien no viaja todavía en mula no conoce la realidad de nuestra tierra. Sólo quien viaja sin caminos por la tierra todavía no domada, comprende bien la conquista, la colonia, las guerras de la independencia, la lenta y ardua fundación de la nacionalidad.

Yo también fui en mula a visitaros. Y gocé lo indecible en esa vuelta al pasado superviviente. Resucitaron en mí, por debajo de la vida muerta que las había sofocado, mi adolescencia y juventud centáureas, toda una serie de antepasados a caballo, de antepasados equinos, unidos y unos con el noble bruto, prolongación del ímpetu heroico, re-

sorte marcial del ánimo infatigable. Me recordaba hasta la olvidada divisa de mi apellido que en vasco quiere decir camino de caballeros, y evoca vistas a la jineta por entre escarpados montes.

Atravesé pensativo páramos sin huella humana, de esos que los españoles iban apellidando con su propio nombre al descubrirlos de paso, o con el primero que oían de los lenguaraces. Y ví bellezas que nadie o casi nadie ve. — Más grandioso, por lo impresionante, que el mismo mar, — es nuestro páramo andino. ¡Y qué espectáculos inauditos, no despliega en la soledad! Y para el alma, qué baño en su propio misterio, el de esa soledad donde los montes supinos, parecen extasiados en un sueño cósmico y donde todo aparece *sub specie aeternitatis*.

Me acuerdo de la tarde, sobrehumana, que nos cogió, nos sobrecogió, a cuatro mil metros en las alturas de Tipococha.

Por una hoz se habría campo y se ensanchaba a lo lejos un profundo valle. Lo divisamos cuando estaba apenas a medio llenarse de nubes. Acudían ligeras del fondo del horizonte y se acumulaban, se esponjaban y tornasolaban al sol oblicuo. Pronto el valle sumergido desapareció, y aquella gloria difusa, infusa de resplandores crepusculares, fué ganando las más altas cumbres lejanas, luego las más próximas, llegó por fin a nosotros. La opalina marea besaba nuestras plantas, dejando apenas perceptible el palmo de tierra donde asentariás. La tierra afloraba apenas, como un recuerdo de un mundo desvanecido. Y el fantástico océano invasor, que confinaba con el celaje por todo el ruedo del horizonte, parecía el reflejo del cielo; parecía otro cielo, y el cielo, otro mar suspendido que iba a juntarse y fundirse con el ascendente, vaporoso mar, cuando el último rayo de luz vespertina desapareciese. Estábamos entre dos cielos.

Y hasta creíamos que nuestro peso corpóreo podría tornarse glorioso, flotar en la impalpable y opulenta bruma. Estábamos entre dos cielos; y el alma opresa de maravilla, quería también libertarse. La oración, o la poesía, eran la única elación posible a su incorpóreo arranque. Privado por desgracia de don divino y del don humano, del don de orar y del don de cantar, que en vuestros poetas creyentes es un solo don, no fué mía la fruición alejónica de ese vuelo liberador.

Y lo que más me pesaba en medio de esa belleza supraterrrestre, era pensar que en esa soledad de páramo, tal vez no había otros ojos, fuera de los nuestros, no había otros ojos humanos que la contemplasen. Era el

espectáculo sin objeto, sin otra finalidad que su fausto inútil de naturaleza pródiga, el derroche por el derroche de magnificencia sin fin. Ahí más que en parte alguna la naturaleza ignora al hombre. Y sin embargo, nuestro oniverso, ¿tiene otro centro que el Hombre? Inolvidable esplendor gratuito, hermosura sin nombre y pérdida. ¡Y cuántos espectáculos ignorados en nuestra tierra de cumbres y soledades! Acotumbrado a los largos crepúsculos estivales, vistos de playas o de montañas de Europa, ¡cómo me sentí pequeño, y cómo al propio tiempo, me sentí crecido, sin el contacto de la multitud! Me acordaba de las tardes lentas de los veranos de Francia, de aquellas puestas de sol, en el que el sol se desangra paulatinamente, como un gladiador herido, ante el gentío que admira, cual en un circo romano, toda aquella pompa neroniana. Crepúsculos algo teatrales, a la verdad, como hechos para un público de blasés. Tardes pobladas, que en esas latitudes duran horas y horas, y lentamente se anemian y se desvanecen exangües en la noche insomne picada de luces urbanas. Más que celestes y terrestres, esos crepúsculos son humanos, pues su emoción consabida cobra sabor y sentido de lo que el hombre de placer añade o cobija bajo su amparo: parejas enlazadas, carruajes de ocio, canoas de remos lazos; y una indecible, fatigada espera en los corazones. Persiste, se alarga, el sol ozo de los violines en los casinos. Y la urgente e insidiosa melancolía del tango hace que en los *dansings*, se junten todavía como durables, deseos efímeros de alma y cuerpo; y los destinos más divergentes siguen envolviéndose como unisonos, al ritmo de la música enervadora. Capciosos, mentirosos tangos crepusculares, irresistible y turbia seducción. Un fermento de indistinta sensualidad se destila, se instila en las almas mejor templadas; y todo languidece al par. Tardes sensuales, desechas en poesía bandelairiana, con un dejo de carnal tristeza y de insaciable deseo, ¡qué contraste el vuestro con aquellas tardes del páramo solitario! Sin embargo, ¡oh indecible tarde de Tipococha! Uno por lo menos sabe lo que aquella tristeza dice, a la muchedumbre que trata de engañar su suerte cambiante y precedera, mientras que uno entiende apenas lo que dice al alma tu inaccesible sublimidad! Para nuestra alma incierta, tan grande, y tan menesterosa que uno no sabe, ¡qué baño en su propia desnudez, el de esa soledad lustral!

Seguimos subiendo hacia el tambo. El motocarro que nos llevaba, locomotora minúscula que se atrevía a lo que no todavía

la grande y pesada, por entonces algo hipotética, — agujereaba la noche con la metralla de su motor percuciente. Era un ruido infernal, diabólico, que profanaba la soledad. Pero era un canto de victoria, la victoria del hombre contra la montaña, y aunque crepitaba como exasperada aún por la resistencia, era una diana estimuladora. Y cuando divisamos una luz, varias luces que no parpadeaban, fijas como la voluntad vencedora que las implantó, centinelas videntes en lo alto de la sierra hostil, nos sentimos acogidos desde lejos por el caserío que adivinábamos, promesa de asilo reconfortante. Los buenos yanquis habían instalado ya su indispensable confort. A su custodia nos acogimos. Y sin embargo, con sólo oír el viento salvaje que bramaba sacudiendo el maderamen provisional y penetraba por las rendijas como a apagar toda aquella civilización importada, que al igual de los foquillos pendían de un hilo y temblaba como consciente de la inclemencia, nos figurábamos todo el drama americano de civilización y barbarie, y pensábamos cuanto esfuerzo, cuánta perseverancia se necesitaría para convertir ese imperio natural del viento y de la soledad en tierra habitable y propicia a los que vendrán. Pensábamos en los españoles que donaron la ríspida cordillera, y fueron colgando rudamente nidos que ahora son ciudades entre los montes. Todo aspecto propiamente humano de la inmensa región andina, de toda América es obra suya.

Al día siguiente, de madrugada, ¡a caballo! ¿Caninos? Para evitarlos, para saber por dónde no es posible ir. La agria pampa, los pajonales; pájaros invisibles, escasos, de voz doliente; animales hurafños; manantiales que no sabíamos a dónde, a qué tños lejanos llevaban tan apresurados mensajes de las alturas; nieblas errantes que se desflecaban en la lluvia triste, y no sé qué aire medroso de vidas furtivas, esquivas. En los recuestos, al abrigo del viento incansable, bosques friolentos, de una especie rara, casi monstruosa de árboles que descolgaban lianas que al prender en tierra se convertían en puntales rectos de una cúpula estremecida; y por todas partes, no sé qué soplo de pavor silente.

Tierra humana, impresionante de soledad más que el mar. Por ahí cruzábamos, viendo abiertas flores y maravillas que no se abrían para regalo del hombre ausente, ignorado, excluido por la adusta majestad del páramo. Ni la costumbre de transitar por esos desfiladeros deja huella perenne; y uno no puede bien creer que su planta es

la primera humana sobre tal mota o tal piedra en la inmensidad desierta.

No tardé mucho en rodar con caballería y todo, al pasar un mal paso, que no era el peor. Lo que me pareció muy natural. El señorito, el pseudo parisiense, había desaparecido al primer relincho matinal, recordando tantos viajes regocijados a la usanza antigua. Y al dar en tierra, el Anteo que hay en todo ecuatoriano criado en el campo a la rústica, se levantó indemne.

El almuerzo a campo raso, sobre la hierba, bajo el sol brillante, fué un banquete de la Odisea.

Y otra vez a horcadas, y a apresurar. Se nubló la tarde. Cañar, que había mostrado su tablón de mieses, destacándose a lo lejos como un oasis, verdegueando alegremente al sol, cobró en la ausencia del sol huidizo, el aspecto resignado pero cansado de la labranza difícil, aislada en las alturas inhabitadas como una isla apenas habitada. Dejamos de verlo y de nuevo el páramo inculto, el pajonal sibilante, los pliegues y repliegues de una loma tras otra loma, el horizonte estrecho, opresor, que no llega a dilutarse sobre llanos francos, y la decepción constante, al transmontar tal o cual cuchilla que corta el paso, de hallar otra cuchilla idéntica que promete y vuelve a engañar.

De pronto, inesperada ahí, salió de una choza una música suplicante, un melodioso lamento, que llenaba la hondonada con su aleteo de ama prisionera, vencida, sin esperanza. Mi compañero Ricardo Crepo me explicó el instrumento de tan dulces sonos. Era una "concertina". No era la queña aborigen. Pero sollozaba igualmente conmovedora, en forma apenas menos primitiva. Decía la misma pena oscura, modulaba la misma queja de animal herido por un resplandor ultra sensible de su destino, que le hiere y no le ilumina.

Como más tarde, al oír por primera vez la admirable composición *La Bocina*, junto al querido y tocayo poeta que ha interpretado tan bien en sus versos la angustia inexplicable de esas melodías, no supe decir entonces de qué fondo de raza mezclada salía esa queja ni a quién acaso se dirigía, ni si su tristeza estaba, más en nosotros que en los artistas anónimos que la exhalaban tal vez sin saber por qué. Creemos que del fondo de la raza desposeída, y por razón del despojo mismo, se eleva hacia nosotros como un reproche. Pero más parece que esa humilde música se emborracha de monotonía para no pensar.

El pobre indígena encuentra en ella ali-ciente para sus fiestas lo mismo que para sus dolores; baila al mismo son con que llora. Y es quizás más bien el blanco quien, removido, turbado, le atribuye un alma, un sentido, que acaso no tiene en su oscuro origen. Como quiera que sea, transidos del misterio de esa quejumbre en la soledad, de esa voz sollozante en el desierto, nos alejamos ensimismados; y otra vez el sino de América nos apareció enturbado por esa invisible lágrima de dolor.

Por allá, en una abra del monte, se asomó un indio, ¿qué tenía, el infeliz, de humano? Apenas su apariencia, su posición vertical. A pesar de ella, diríasele sumido todavía, de medio cuerpo abajo, en el entrevero de fuerzas originarias de las especies, hundido en la gleba nativa, en comunión oscura de instintos y de secretos con animales y vegetales que lo retienen cerca de su reino, apenas diferenciado. Aún en los más libres, su amor al terruño, más tiene de querencia que de consciente predilección. Su apego al surco es instinto, casi diré tendencia de raíz. Su alma sombría es inercia mental, pasividad de oscuridad durmiente, en gestación de siglos.

Siglos de servidumbre—incásica, no lo olvidemos, acaso más que española,—anularon su incipiente y agonizante (no lo sabemos o es discutible) personalidad, y su borroso contorno no logró afirmarse con la libertad más individualista de la república, que de incierta y prestada y precaria, pudo convertírsele en efectiva, si hubiera habido en él el germen de la aspiración. ¿Qué podrá surgir de esa raza, vencida más por sí misma, por su propio peso, que por la tiranía blanca? ¿Y cuánto tardará en alzarse sobre sus escombros?

Encontrarse con un indio acurrucado a la vera de un camino, observar su rostro opaco que mira sin ver, absorto en no sé que ruminar que es toda su memoria, hereditaria, casi abolida, es como encontrar un resto, un canto rodado de monumentos pre-incásicos, un jeroglífico indescifrable, una inscripción milenaria que aún cuando fuese enteramente comprensible, acaso no llegaría a tener otro valor humano que el de servir a la mera curiosidad erudita, desconectado como está ya para siempre del sentido de nuestra civilización. Tan extraño nos es su pasado como el de un monolito caído de un planeta desaparecido. Su presente es nuestro problema, su porvenir nuestra incógnita.

Y yo pensaba, mientras dejábamos a nuestra espalda el enigma del indio asomado

a hurtadillas para vernos pasar entreverado a los matorrales, yo pensaba: si en vez de tropezar en este páramo inclemente, casi inhabitable, con este super viviente intacto de otra edad sin edad, inmoble; si en vez de encontrarnos como nos encontramos, no lejos con uno que otro ejemplar de su raza, que aunque parecían más libres, más sueltos, más racionales, pasaban medrosos, furtivos, como eternos perseguidos; si en vez de esos seres atónitos, nos hubiéramos encontrado en ese páramo inclemente, casi inhabitable, con todo un Crespo Toral, habríamos exclamado: hombre como éste, que por aquí lleva sobre los hombros erguidos una cabeza en que moran la ciencia, la inteligencia y la experiencia del mundo, hombres como éste son el señor natural de esta dura tierra, a duras penas humanizada al paso de sus semejantes. Y es verdadero milagro que de tan lejos haya venido una sangre que persevera en retoños tan florecientes, tan luminosos, en medio de tantas vicisitudes de la historia y contingencias de la geografía. Tal aparición viviente de la voluntad y la sabiduría, abriéndose paso a caballo, al través de la extensión hostil, habría sido la revelación del sentido de nuestra América, de la insigne fatalidad que la superpuso a la otra, a la América autóctona. Cifra y compendio del pasado nuestro y del porvenir nuestro, y cuando digo nuestro, digo la resultante americana de las fuerzas que han convergido a formar la nacionalidad,—es la herencia, la divisa, la ley superior blanco, de frente erguida y pecho levantado, apto al imperio que no supo levantar el indio. Continuator patriarcal de la estirpe y de la herencia heroica del conquistador, del hombre que piensa y habla en una lengua de dioses, que sondea, comprende y emprende, nobilísimo centro tiene para regentar, a la voz paternal y filial, la patria debido a su esfuerzo de creador o continuador. Nuestra América, la América nuestra es obra de España y de su descendencia en el continente, por más que plañideras veces insioceras se esfuerzen por lamentar una civilización difunta, si alguna vez fué civilización viable la que no conoció la rueda, ni la escritura. Es el blanco, es el blanco, es el blanco, con sus hijos, mestizos o puros, el señor natural de esta tierra.

Llenen cuanto quieran los sensibileros humanitarios, la historia es irreversible. Y hasta la naturaleza ha colaborado con la historia para dar en América a la humanidad nuevo campo a empresa civilizadora de marca mayor.

¿Quiere decir que hayamos de exterminar al pobre indio puro, después de haberlo desposeído? Despojado no fué tanto por el conquistador cuanto por sus propios señores y reyes de su propia raza, que no le dejaron poseer el suelo que llamamos suyo.

¿Qué es lo que ahora se pretende? ¿Devolverlo al comunismo incaico? ¿Será acaso más feliz con ese afanar de hormiguero, en ese aplastante, esclavizante pesadumbre de termitero? ¿Y dónde está ya, para reconstruir esa monstruosa sabiduría espartana, su aristocracia reguladora, su casta militar y sacerdotal? Ahora sus *orejones* serían *tinterillos* de Quito y de Guayaquil.

Pobre vástago de raza que se muere de inanición frente al progreso, y cuya ascensión al espíritu no es posible sino por injerto. Levántarla, soliviar su peso de siglos muertos, sólo se conseguirá mediante el cruce con el blanco inquieto y trepador.

La sangre indígena, sana, liviana, fina, fácil de asimilar, no indeleble y afrentosa como la espesa tinta del negro, es de las mejores para el mestizaje ayudado por la educación. Si no sabemos el número exacto, de todos modos escaso, de blancos puros entre nosotros, que de riesgo en riesgo hayan preservado su estirpe por los cuatro costados, a lo largo de una existencia azarosa en un medio nuevo. — sabemos, sí, en cambio, por experiencia social, psicológica, histórica, cotidiana, sabemos que una gota de sangre española basta para ennoblecer a todo americano a quien le tocó en bautismo, regular o irregular. Porque la sangre de España es como el vino de Rioja que sirve para empurpurar y robustecer toneles de vinos anémicos, endebles y sin virtud. Y lo que debemos hacer, por reacción frente a una literatura mal llamada americanista, que de episódica y pintoresca ha pasado a devaneo político y teórico, es proclamar que es el blanco la sal de esta tierra, proclamar esta verdad, que aunque lo sea a medias, es la directora y prevaleciente. Nuevos Las Casas más extemporáneos que el visionario obsesivo, cerrado al sentido de la conquista, reivindicando América para el indio, y están más prontos a la iniquidad de despojar al blanco que llaman usurpador, que a mirar la realidad para mejorarla como se pueda. Que hubo, que hay y que habrá abusos, crueldades, escándalos ¿quién lo niega? Pero no está dicho que no los hay al revés, al trastornar las bases de nuestra vida incipiente, con voluntario desconocimiento de lo que sobrevendrá. Rectificar,

enmendar, aliviar, ascender, todos a una, aunque sea penosa y paulatinamente, es lo justo y lo impostergable, claro se ve. Pero partir del caos a una vuelta de las edades, es vaniloquio demagógico de destructores, incapaces luego de edificar ni siquiera la misma absurda justicia que pretenden sobre la injusticia que anatimizan.

El comunismo tiene su lógica, a condición de potar todos por la vida ascética y la mansedumbre franciscana. Pero querer acoplarlo a la civilización moderna, quitándole a esta su único motor y eje, — a saber el interés, el anhelo, el derecho de poseer para sí y por sí, de ser más y más, — es contra sentido suicida. Desgraciadamente, megalómanos erostráticos, mitomaniacos frenéticos, apóstoles de un sanguinario humanitarismo que van balando de pacifismo internacionalista ante el enemigo, al propio tiempo que rugiendo de furia entre los hermanos, prontos a abandonar las trincheras en las fronteras para ir a alzar barricadas en sus ciudades y cebarse en carne de burgueses hasta lograr serlo con su botín, aparecen ahora como Mesías y ciferantes de iluminismo judaico. Han creado en la multitud el ansia de una espera casi apocalíptica, y en los intelectuales ingenios un misticismo a la inversa, de resurrección tras no se que diluvio que no importaba fuera de sangre. Y ahora el furor de su obstinación y de sus afirmaciones oculta mal el desastre de sus constricciones sobre cadáveres; y la conciencia de unanimismo que proclamaban como signo de su misión y de su nueva era, es la del niño terrible y jactancioso que dice que no tiene miedo y al atravesar el bosque canta para que lo crean acompañado y no le asalten los duendes.

Hasta nuestra generosa, desprevenida juventud de América, se ha dejado seducir un tanto por el prestigio de incendio de los remotos Kremelines. ¿Pero qué tenemos que ver en Canadá con lo que pase en Siberia? El ideal alimenticio exacerbado por un socialismo famélico de destrucción, no es para tierra de porvenir. Y el frenesí de la tabla rasa es signo de debilidad mental, que no de fuerza de carácter.

De la rutina pastoril y agrícola primitiva que prolongamos, no por maldad opresora sino por mal resignada impotencia y general pobreza, ya irán surgiendo, ya surgen nuevas formas de transición que hay que acelerar. En este mismo valle cuencano, todavía idílico gracias a dones de una benigna naturaleza, al curso de la vida, facilitado por la concordia de clases va cimentando, generalizando un bienestar empírico y natu-

ral, sin los alardes palingenésicos de los "regeneradores".

Pero ¿a dónde me llevaría el seguir este desvarío de falsos profetas? Volvamos a la fruición de la soledad y la poesía que me acompañaron en mi venida a vosotros por vuestros montes. Ilusión tenía de llegar pronto, con mi homenaje de cálida sinceridad a vuestro magno poeta, a vuestros hombres ilustres, a vuestra ciudad, quizá por remota y alada, más atrayente.

La noche nos sorprendió en el camino, si tal puede llamarse el atajo por donde seguíamos evitando el mal llamado camino real. La noche parece siempre repentina al viajero distraído. Una luz, allá abajo, a lo lejos, nos avisó que la noche se asentaba ya en el fondo de la cañada. ¿Hacienda trabajosa y pobre, casa de algún labriego algo acomodado, o choza menos arisca pero todavía hermana de las más hurafías, insensibles a la intemperie y desolación de las ventosas lomas? Ya no se veía sino ese humilde fuego doméstico, aparecido, no como faro de caminantes, ni para esperanza o alivio de forasteros, sino, en ese desamparo, como una súplica aislada contra la noche enorme que cundía y anegaba un mundo casi inhabitado. Vacilante luz, pero humana; prendida sin duda por manos de mujer sufrida. En el altísimo cielo, brillaban ya las estrellas, miraban como pupilas. No nos veían. Pero como las veíamos, creíamos que nos veían. Y entonces comprendí como, esa luz frágil, perecedera, tan amagada, era por humana más misteriosa que los astros inexplicables. Más valor de alma, de poesía, de historia, de vicisitudes, tenía allí esa parpadeante luz española, de farol o de mechero, luchando en la soledad, que la inaccesible cohorte de luceros en el firmamento. Un caserío nocturno era ahí más patético que la enigmática vía láctea cuyo enigma nos es tan ajeno. ... Apresuramos el paso hacia el contacto de la ciudad que nos esperaba con todo su calor cordial.

En Azogues nos encontraron damas y caballeros, adelantándose a prodigarnos con natural nobleza y cortesía sin énfasis, muestras de lo grata que había de sernos su fina y delicada familiaridad. Conocí por fin ahí al hombre que más admiro y respeto en el Ecuador, a quien me ligaba desde lejos y de tiempo atrás el voto que yo me había prometido cumplir tarde o temprano, de ir a visitarlo, como en peregrinaje intelectual y moral. Ahí estaba el gran Don Remigio, igual que me lo había figurado, castizo roble, con todos los signos visibles de la superioridad. Ahí estaba también

nuestro querido, venerado, nuestra reliquia de español antiguo, Don Honorato, cuyo recuerdo fui a honrar en Cuenca de España, digno marco también de este ejemplar de una raza que ya se acaba, ahí estaba, todo el bondad y dulzura, con esa alegría incorpórea, su humana alegría de santo, en que el asiduo trato de los místicos del siglo de oro ha embalsamado todas sus tristezas; ahí estaban representantes de las dinastías intelectuales de los Cordero, los Crespo, los Moreno, etc., etc. ¿Cómo no ha de ser, en cualquier parte, y más en el Ecuador, ciudad ilustre y respetable, la que ostenta sin vana jactancia, hombres como Remigio Crespo Toral, Honorato Vásquez, Rafael María Arizaga, Muñoz Borrero, Matovelle, Palacios, Romero León, tantos otros de una generación respaldada por los Cordero, seguida por los Tamariz, los Mora, y tantos más que me sería largo nombrar, y tantos cuyo mérito se adivina aunque no se sepa, y tantos que forman el ambiente receptor propicio de que ahí disfruta el comercio espiritual? Ahí están, tranquilos y fuertes, hacedores de patria, caritativos de un edificio no acabado aún, cuatro o cinco de los emblemas de la conciencia nacional, sostenedores de que se acuerdan y en quien confían tan sólo cuando arrecia el peligro y se vuelve ardua la responsabilidad.

Proseguimos de Azogues a Cuenca. La nocturna comitiva iba rauda en autos por la carretera ufana. Entrelazaban sonetos y cultos decires, de carro a carro, los jóvenes poetas que daban la réplica hacia eco a Gonzalo Cordero, antología ambulante. Y así llegamos.

Castellana hospitalidad me esperaba en casa de don Remigio. La hermosa casa que ofrece, por ingenioso artificio acomodado al sitio, una apariencia de gran buque transatlántico, me sorprendió tan agradablemente, con el rumor y el azogado resplandor del río, perceptibles desde la entrada, que vi en seguida la imagen de la grata vida que fuere dable desliz ahí y de la que guardo inolvidable memoria. El poeta ha anclado su buque en la mejor ribera, y sólo se acuerda del viaje porque las aguas siguen yendo al mar. De tarde en tarde, el poeta azuayo, arroja también, como Alfredo de Vigny, su *bouteille à la mer*; y sus mensajes llegan a otras orillas.

A la mañana siguiente, el sol reinaba en el valle como en su dominio de predilección. Los sauces, los prados, los huertos, parecían de un verdor nuevo, barnizados de luz matinal. Os he dicho que es preciso haber sufrido de climas hostiles para apre-

ciar la bendición del cielo que es la blandura de vuestra atmósfera. Vosotros casi no os dais cuenta de esa caricia constante que os envuelve y sin duda os penetra hasta el alma. Cuando un sajón entrevé una simple promesa de sol siempre inseguro, ya os saluda, como con un himno con su regocijado *what a glorious day*. Os recomiendo una acción de gracias cotidiana, fervorosa, reconocida, a esa fuente de bienestar de que no os acordáis sino como de una monotonía más, y sólo propia a acentuar cierta murria casera como la cantada, con sabia acerbidad, en rato de mal humor, por nuestro irremisiblemente Luis Cordero Dávila.

Salí a conocer la ciudad guiado por su glorioso cantor y su cordial acólito, mi tocayo fraternal, que tan contagiosa simpatía derrama sobre las cosas nativas, vivificándolas al hablar de ellas. Y al contemplar, del barrio alto, el rebaño de casas pastoreado por las torres en la cuenca eglógica que forman sus ríos alegres, y celan sus montañas, ví que esa había de ser, como será con el tiempo, la ciudad más hermosa del Ecuador. Todo lo tiene; y mucho la diferencia de otras ciudades andinas, la amplitud de su horizonte bien trazado, sus ríos a flor de tierra, no encajonados ni inaccesibles entre precipicios vertiginosos, su luz de calidad tan fina, luz para ojos de pintor, que no aplasta los colores en masa casi indistinta ni los transfigura o evapora en tórrida reverberación, sino que los matiza a cada hora con toque sutil, impalpable.

Cuando, a la manera del monarquista Maurras en su querida *República de Martigues*, un hijo de Cuenca que la conozca y la ame como Gonzalo, o cuando éste mismo, quiera describir en prosa las "treinta bellezas" que el escritor provenzal celebra en su villa natal, — ¡que no se olvide del árbol campesino que me cautivó y del cual mi compañero de viaje, el Rector del «Colegio Teodoro Gómez de la Torre» llevó a mi ruego un retoño, para plantármelo en la tierra de mis mayores, allá en el Norte, en Pimán, donde algún día me dará sombra, flores y lecciones! Al hermoso elogio del capulí, que nos hizo el poeta otoñal siempre verdeciente de los villancicos, que se parangone estotro, en reparación a esa hermosura mal reconocida, acaso por más ruda y abandonada.

De vuestra tierra de felibres, que han poblado ya sus boscajes de graciosas musas nativas, tiene que salir y que propagarse la elegante y sencilla enseñanza del amor a lo propio, el culto de bellezas lares. La sencillez es la última perfección, a la que sólo se

llega después de haber decantado todas las falsas preciosidades en el filtro que sólo da paso a la más diáfana sinceridad.

Hubiera querido, también yo, hablaros con el acento virgiliano caro a vuestros poetas, dar a este mensaje su tono de égloga que consueña con la paz del alma y el encanto de la vida campestre que llena de su hálito el interior de vuestras casas urbanas. Privado de esta inspiración, entre vosotros natural y corriente, hubiera querido reemplazarlo siquiera con el don, menos persuasivo, de los oradores, y pedir a la elocuencia cívica sus recursos y sus prestigios. Pero podréis imaginar apenas en medio de que insólitas preocupaciones he tenido que trazar estas páginas, animado tan sólo por la virtud del gratisimo compromiso contraído en hora mejor. Me he refugiado por eso en el recuerdo del viaje maravillado que me llevó hasta vosotros. Ni qué manera más adecuada de suplir mi falta, de sustituir mi presencia, que la ilusión rediviva de ir otra vez a vosotros en esta ocasión en que quizás ya ni me esperáis, pero en la cual quisiera que me acogáis con el cariño benevolente que hé menester para perdón de mi obstinación, que de ningún modo habrá de pareceros intrusa. Acogedme en espíritu tal cual voy, contrito, nostálgico, contrariado. Aquí me quedo casi avergonzado de no haber podido enviaros siquiera el primer trazo o esbozo de ese retrato de cuerpo entero que desde hace tiempo vengo dejando para un mañana algo más propicio que me rehuye; el de Remigio Crespo Toral. De no haber sobrevenido mi traslado intempestivo a Washington, en París, ya para mí una aldea familiar y quieta, hubiera logrado hacer aquel estudio de conjunto para el cual llevé los elementos más indispensables, los impresos que pude arrancar a la inasible despreocupación y a la olvidadiza generosidad de ese hombre, grande hasta el desprendimiento que profesa por su obra toda. Felizmente ella está hecha para durar. Y aquí renuevo mi propósito no tanto como h menaje a quien no cura de su gloria externa, llevando su elegancia espiritual en tan noble y holgada manera, que ni busca ni desdeña el lauro, — sino como contribución al lustre de su ciudad, que ojalá tornara yo así, algo más mía y menos imbecida. — Su obra abunda en trozos de antología, en admirables ensayos, interesantísimos para todo letrado de España y América. Preciso es que se conozca toda, pues no contiene página que no lleve el sello de su cordura, de su patriotismo, de su talento de escritor y su entereza de hombre. Ojalá, —

vuelvo a insistir ahora,—la coronase con el despliegue de su visión del destino y del sentido histórico de la patria, pues en él, junto con el poeta docto y perfecto, y quizás sobre el crítico magistral,—el mayor, el único de los nuestros,—está el historiador de vuelo sostenido y alto, por encima de contingencias y confusiones.

«Tarde y mal» es mi fatídica divisa para el cumplimiento de deberes voluntarios y la realización de ciertos antiguos proyectos.

Tres vidas debiera tener el hombre, consecutivas: una para descubrir el mundo, amar, viajar, procrear; otra para leer y meditar, en medio del sosiego de los sentidos y la paz del alma dada a contemplar; y la última para dar fruto, ocuparse del bien común, escribir, emprender, obrar. Pero las estaciones de la planta humana ni siquiera siguen el ritmo de la vegetal en que las urgencias de la savia nueva cuajan en frutos, y una vez acendradas sus mieles, cae el follaje para que el tronco recomience su ciclo sin entreverar contrarios. Mientras que en el hombre todo va revuelto, y es este afán discordante de hacer y de sentir y de acumular cosas contradictorias, el secreto de su desazón y desasosiego. Y hasta se da que en su otoño reverdezca tan a destiempo que en sus ternuras tardías sólo halla el remordimiento de prematuras dulzuras desperdiciadas y que tenga que construir nidos en su corazón con la leña muerta que va cerrando el ataúd interior en que yace una gran parte de sí mismo, pues por poco que un hombre viva va llenándose de la invisible ceniza de sus horas muertas, de su pasado irrecusable. Así el género humano, vive más de memorias que de realidades. Los muertos mandan.

Uno cree, mediada la vida, comprender mejor; pero no será seguro y teme haber simplemente pasado de la ilusión de las ilusiones a las ilusiones de la verdad. ¿Y qué más da que las cosas cambien si uno mismo cambia y se va? La letal, y exquisita, melancolía de los poetas nos ha enseñado a abrevarnos en la dulce desolación de dichas que nacen llorando porque presienten su fin. «Oh tiempo, suspende tu vuelo», imploran con Lamartine. Pero es mejor no obstinarse, y aceptar la existencia como es. Aprendamos a gustar del tónico de la verdad agri dulce, y recordemos con Montaigne que filosofar es aprender a morir.

Por más que uno quiera acordar sabiamente el paso a aquellas tres etapas, todo se entremezcla. Uno muere aprendiendo, y enseña antes de saber. Así va el mundo. No sabemos si la juventud es quien tiene

razón sin saberlo. Pero tal vez tiene más razón al cantar que al ponerse a pensar. Casi siempre y en todas partes, las generaciones nuevas desconocen el placer deferente,—y más noble si reverente,—del respeto a la tradición, que encarnan, cual más, cual menos, los mayores; porque no les creen hechos a semejanza de su reliciente y mal definido afán, y acaso porque no se dignan darse el trabajo de comprender: aquello que, de instinto, les parece que no les cuadra. El mundo comienza con ellos, y están seguros de que no ha de terminar con ellos. Mocedad que no comienza por anárquica e iconoclasta no es mocedad. Pero ese alarde vital, para ser simpático, tiene que ser efímero y el airoso impulso desafiador de su entrada en la estacada, tiene, para dejar bien grabada la imagen de su gallardía, el breve instante de sinceridad que pierde al querer convertirse en actitud permanente contra quien ningún daño le hace y más bien se sonríe al ver reproducida su propia mocedad ilusa, en ese nuevo arranque de la vida. No hay que quedarse prisioneros de un ademán. Yo supe libertarme a tiempo. Como vosotros fuisteis, y sois aún, poetas, por lo juveniles y soñadores, ahora los jóvenes son "sociólogos". Y nada hay comparable al orgullo de un joven sociólogo sino el orgullo de otro sociólogo que desdeña al que no lo es, o no es más "avanzado" que él. Anacrónica, anticuada ha de parecerles vuestra hermosa Fiesta de la Lira. Pero el canto es don inmortal. La verdadera elocuencia, dice Pascal, se íte de la elocuencia. Y aunque los tiempos son tribonicios a punto de que los ruidos del foro asordan vuestra última *Thule*, preservad siquiera un rincón del alma.

Y continuad la Fiesta de la Lira. Por mi parte quisiera encomiar el nombre de los vencedores en vuestros sonrientes y cultos torneos anuales; pero tendría más interés para mí que para vosotros, que tanto les conocéis, el recordarlos los triunfos amenos de un Gonzalo Cordero, infatigable y pacífico campeón de su mundo aparte, de un Tamariz, sensible y musical, de Romero Cordero, brillante, metálico, prestante; de tantos otros, anteriores, y de los que el año pasado se revelaron o se confirmaron. Quisiera sobre todo estrechar la mano de los laureados de este año. Pido a Gonzalo que lo haga, porque sé cuanto corazón pone en suscitir el canto y en llevar como de la mano la nupcial belleza coroada que ha de poblar de ecos la soledad ne-morosa.

Gonzalo Zaldumbide

Elogio de Don Gonzalo Zaldumbide

SENORAS y señoritas; señor. Mantenedor de la Fiesta de la Lira; señores:

Hace un año apenas, Gonzalo Zaldumbide, el infatigable amante de los peregrinajes de Arte, el mismo que fue a Fiume a estrechar la mano del Poeta Soldado, el que visitó conmigo — entre sus muchas erranzas — Santilana del Mar, vieja ciudad española del Cantábrico, somnolienta, ruinosa y todavía en pie, previvencia del siglo XVI, paralizada y dormida en el oro de sus blasones y en el gris de sus piedras musgosas, (tengo en la memoria los adjetivos, pincelada o ilinea, con que el Maestro me iba dando la emoción o el trazo de la ciudad — hierática y heráldica con el oro de sus blasones), digo que, há un año el mismísimo don Gonzalo, portador por el ancho del mundo, de su curiosidad inquisidora de artista mágico y sutil, sin que le arredrasen malos caminos y pasos imposibles en invierno, cual un centauro mítico, se vino a nuestra tierra nativa; se vino, como él mismo lo confiesa, por conocerlos; por conocer a Don Remigio Crespo Toral, y, por último, a compartir con nosotros en esta fiesta de Apolo... ¡diamantería de ingenio!... ¡espuma musical de liras nuevas!... Y bien venido, y bien hallado se sintió entre nosotros, no obstante el penoso viaje A LOMO DE MULA o del caballo de páramo, tan acusados por la barbarie de nuestros pseudo civilizados; caballo y mula, airosamente defendidos por el ilustre viajero, recordando la alegría y la fuerza de nuestra juventud americana, olímpica sobre el potro salvaje, y que bien se merece el «Adiós» de Lamartine al espléndido «Sultán» galopando con la adorable carga sobre los tapices prodigiosos bañados por el Oronte, en el Dafne, o en cualquier otro sitio adorable del Asia soñadora.

¿Quién, de los que vió a Zaldumbide há un año, no lo recuerda?

Yo, así viviera muchos, muchísimos años, no olvidaría ese armonioso rostro, ennoblecido por suave tristeza; esa voz confidencial, amable, quizá velada por la sordina de las cuerdas sensibles...

Muchos años le tendría en la mente, si muchos años me fuera dado vivir, no sólo el rostro armonioso y triste, y la voz cansada

con cantinillas melancólicas de salmodia, sino rememorara también, una a una, el regalo de sus verdaderas, nobles palabras, nexo fraterno de todos los espíritus, atadura de pámpano flexible, o vaciado perfume de su corazón, pleno y jugoso, en la brisa de esa tarde inolvidable; que sacudía los ramajes empapados en lluvia reciente...

Yo, por siempre evocaré a este personaje de Leyenda que, después de haber hollado con su planta nómada, las más grandiosas y las más bellas ciudades cargadas de pátina y de Arte, por no sé qué maravilla de ensueño, se reveló entre nosotros en aparición de un Genio de Mil y una Noches, dando mayor sabor a gloria a esta fiesta, que entonces y ahora, gracias al milagro de su voz lejana de Sacerdote de Apolo, ingravidos, raudos, encendidos y brillantes, huyen los momentos mezclados a la fugacidad de los espléndidos meteoros de sus verdaderas, buenas y bellas palabras; ¡Oh Maestro, de la Verdad Purísima, verdadero purista del Arte Eterno... bien venido fuiste entre nosotros!...

El amigo cariñoso de Cuenca, que desde Cuenca de España a París, obedeciendo a su obsesión cuencanera, me decía en fervido saludo: «Le envío mis mejores recuerdos desde mi ciudad abuela» (conquense allá y cuencano aquí) ha venido hoy, por lo menos en espíritu, a acompañarnos en la Fiesta de hoy, aunque su propósito amable fue el de estar presente entre nosotros; fiel a su promesa, nos hace oír el eco de su voz, que no han acallado, ni la terrible, tentacular y tatornante Capital, sacudida por la fiebre industrial y la locura del oro de la América Nordeste; no le han detenido, la vida suntuosa y acogedora, ni el esplendor babilónico de los palacios y rascacielos, ni las brillantes fiestas al Diplomático, para venirse, por lo menos en espíritu, al cerrado rinconcillo de esta tierra andina; tierra chica, pero tibia como los nidos, donde ya se le abrió la puerta grande de encendido afecto, llamándose «Hijo predilecto de Cuenca».

Hoy, ya podéis apreciar en las delicadas memorias fraternales que acabéis de oír, el Bohemio, el Gran Señor, el Artista y el Diplomático, rebosante de saudades ha reflejado otra vez su alma noble y generosa, en

el claro espejo de la amistad; hermoso rito, propio de su alta estirpe: envía hasta aquí, sus dulces y confidenciales palabras, en noble Magisterio de Estética y como Cruzada de la Verdad, hundiéndonos en el alma las lanzas de la Emoción. ¡Bien merecían esas albas páginas ser portadas hasta nosotros, a través de los lejanos mares, atadas al cuello de nivea columba mensajera; nivea como las que cuentan que besara en delirio de amor Leonardo el Dominiquino, al pie de los pórticos de Florencia!

Otra vez, bien venidas sean tus palabras, para aligerar la fatiga, para despejar las sombras con sus claridades, y para atizar la ardiente llama del entusiasmo, con el batir de tus estremecidas alas!...

El actual y significativo testimonio de cariño dado por Zaldumbide a Cuenca, regalo es que suprime toda distancia y hace suponerlo presente entre nosotros, como ha de estarlo, en transporte espiritual, y como lo está efectivamente, este leal caballero de las evocaciones en el vibrar de esas cuartillas trémulas de sentimiento, escritas para ser leídas en el Torneo Literario que celebramos; torneo que hubo de quedar profunda y perennemente enredado a sus pensamientos y memorias, y refrendado ahora por la sencillez no aprendida de la rica ofrenda recibida, obra de depurada evolución, fortificada aún más en el contraste de la ausencia del autor y en la marca de procedencia, Washington.

Made in The United States of America.

Sin dogmatismos, sin alardes de europeidad con la dulzura áurea y pensativa llega hasta nosotros el Maestro, para encontrarse con sabias pequeñeces y con ingenuos aromas. De este modo su alma de Pintor o de Poeta, se reconcilia, en los instantes propicios con la Naturaleza y romántico, ansioso de libertad y luz como un pájaro de jaula, hubo de quedar enamorado de nuestro cielo azul que riega el tesoro de sus matices; alma traviesa de niño, hubo de quedar prendida a la dulzura de la miel y la flor, cautivo para siempre del verdor del collado de nuestros campos y de la transparencia musical de nuestros ríos arrulladores, donde destellan los luceros de Paz. ¡Oh peregrino cansado, has vuelto los ojos, desde el resplandor de los festines, desde los malos días de las estaciones frías, desde los ardores del verano en las ciudades que huelen a judrón y gasolina, a la tierra que te brindó el corazón y su quietud! ¡Vuelve siempre con el pecho llano de suspiros aunque sea por la senda argentina e imposible de las estrellas!

Llenos de maravilla y contento, sigamos adelante, aunque haya de fastidiarnos acaso la mala compañía y mi lento claudicar; sigamos junto al eximio peregrino, para saborear las incidencias del viaje, plenos de sorpresa y de raras impresiones que nos muestran más claras o nos descubren las cosas propias y familiares. Haremos brevísimo alto en la ruta para admirar un instante la amplitud infinita de los panoramas recorridos por este nuevo Simbad, más hondo y más complejo, que lleva en sí el Universo.

Bajo la advocación de los 20 años, 20 años de Wateaux, rotundos de promesas! La senda de Zaldumbide, entrega fecunda de vigorosas primaveras, se desbordaba en el ardor de encendidas rosas y de frescos mirtos. Ha despertado el Efebó Heleno, coronado de flores y bajo el sonoro bosque de laureles. Quito, su ciudad natal, que sirve sólo de escenario para las primicias literarias y galantes, recibe los honores extraordinarios rendidos al adolescente genial. Desde sus primeros ensayos abarca amplios los motivos del pensamiento; los tonos de la emoción y lineamiento de la forma, densa por fuera y por dentro, y, sobre todo, admirable en los resultados de armonización verbal, ondulante, lenta, en gamas mates de aristocracia suprema y personalísima.

En la Universidad de Quito, donde ganara la celebridad de la aula — si bien mucho antes se lo conociera en el medio estudiantil — hizo su primera aparición ruidosa, con su discurso a Ariel. Las voces juveniles se dejaron oír con el irrestricto apauso; los esclavos intemperantes de la tradición, por el contrario — mal intencionado por cierto — conociendo la filialidad cívica del país (donde los mismos radicales están convencidos de la divinidad de San Canuto, no se diga de la de N. S. Jesucristo) jesuiticamente advirtieron la iconoclasta e inaceptable insensates un tanto renanaiana del autor; pero, yo diría a los Loyolas y loyotizantes de la Orden de Jesús, que dado el espíritu moderno de Zaldumbide, mal podía ni siquiera leer «La Vida de Jesús» de Renán; obra indigesta, como una lírica anticuada y sentimentalona. Ni podía ser otra cosa, tratándose de desvirtuar una de las columnas más bellas, sobre las que descansa la Leyenda, el rito de centurias de civilización cristiana. No tiene la virtualidad que quieren darle los mediocres servidores de Dios, la inspiración de Enriqueta Renán, cuya alma más dada al diablo que diabólica, en incurable dolor de soltería, concibe el proyecto virgen, de desdivinizar al Nazareno, y lo infunde a su hermano, para juntar sus nomi-

bres en una imposible ambición de gloria. Zaldumbide por una rebeldía que no necesita explicación, y que es hasta necesaria para no llegar a ser esclavo y vil... acaso sólo quiso, humanizar a Jesús: por el sentido orgullo de sus veinte años, o seguramente, pues no conozco sino por apreciaciones remotas este ensayo suyo—acaso sólo fué la fugaz rebeldía, contra las hostilidades de ese cetro de entonces, que manejaba mejor el látigo que el látigo... También me tocó el turno, y por ahí anda un buen amigo amable... que manejaba el látigo lógico o ilógicamente, como instrumento de frustración... pues aquel estuvo a punto de volvernos francmasones... o... ateos para librarnos de los azotes de perfección... Sin embargo de esas divergencias de opinión, Zaldumbide triunfó afirmativamente: su nombre y él salieron del país, como mejor y esperado galardón del triunfo. Fue el Gobierno del General Plaza el que realizó este acto justiciero, mandándolo de secretario de la Legación del Perú. Desde entonces queda iniciado en la carrera diplomática, en la que ha descollado aún por su misma condición de hombre de letras. Francia se ha hecho respetar siempre, en su gran política internacional, por sus literatos y académicos de mayor renombre. Allí están, en la avanzada de la defensa nacional, como la flor de la cultura, Loti, Barrés, y actualmente Claudel, Bordeux y Morand. Zaldumbide ha hecho relaciones valiosísimas debido a su talento; es uno de nuestros mejores representantes, y no se puede decir que haya nacido... NI TENGA EL MILAGROSO FETICHE «DEL CUERO NEGRO», al que tanto poder atribuye nuestro vulgo...

En la larga estadía en Lima, Zaldumbide llega a consolidar definitivamente, en bases inconmovibles, su personalidad. Se nutre de lecturas y trabaja de un modo furibundo; es la época de la fiebre del escritor, que desgraciadamente se ha de volver intermitente y ha de desmayar en su perpetua residencia en Europa; sin duda seducido por las inponderables bellezas de la cultura mayor? Al fin o al cabo, si no se gana dinero el Arte no es sino una vida imaginaria, un bello engaño y un pasatiempo; allá tenemos la maravilla del Arte en la realidad de la vida. Nos perjudica ir de la semibarbarie, y somos víctimas de la novedad. Es seguro que los años postreros habrán de indemnizarle de los silencios y languideces al escritor Maestro, ya que ahora lo vemos envuelto en la soberana clámide de la serenidad. De la mayor época de fecundidad, en la estadía en Lima, frutos saturados de medita-

ción son, sus dos libros máximos de juventud: «La evolución D'annunziana» y el «Elogio a Henri Barbusse» saludados a su aparición con el clamor de apoteosis en la prensa de habla española, que le enuncian el centro de la crítica en América.

Desdeñando el triunfo volandero, dueño de enorme cultura, nos muestra en esos dos brillantes libros iniciales, toda la madurez de su temperamento; de ellos viene, pues, la consagración de Zaldumbide, en el difícil campo de la crítica; género como la Arquitectura, Señora de las Artes, al que hay que ir con materiales como para edificar una ciudad monumental al tratarse de D'Annunzio y Barbusse, figuras contemporáneas máximas de Europa y por ende del mundo.

[No podía darse mayor gloria en escritor joven semejante a la que estuvo reservada a nuestro compatriota] cuando apuntara en el firmamento a esos gloriosos ortos nacientes, D'Annunzio y Barbusse, señalados después, por el fallo universal, como astros de primera magnitud, y que todavía ocupan el horizonte de nuestro siglo.

Si bien Zaldumbide se ha superado, a su obra de iniciación, ésta guarda el sello de intensidad magistral, propio del fuego de la mocedad. Su estudio sobre Rodó, por ejemplo, es francamente honra perfecta, especialmente desde el verdadero concepto crítico: en ella aparece el famoso autor de Motivos de Proteo, emergiendo al fondo de su mar, rodeado de todo el ambiente peculiar de nuestra América, hasta el lejano fondo obscuro de las palpitaciones originarias y autóctonas. Zaldumbide, conoce con la visión más amplia, los baluceos primigenios, los raros frutos en sazón intelectual, los contagios y epidemias que han trascendido a esta América, un tanto cándida, en aquello de aceptar todo lo que viene de fuera...

Su arte está lleno de realidad analista, por la misma costumbre de llevar la escafandra, para bucear en los mundos imaginarios y extraños en los que se mueve, otras almas y otras vidas diversas. Huye del afectado ritmo melodioso; su fórmula de musicalidad es la armonía cabal, llena y sonora que buscara Wagner; sin forzar la idea, en juegos antitéticos, y malabarismos paradójicos, fluye y ondula su pensamiento, al compás de la musicalidad sustancial y fecunda que le es peculiar. Tampoco abusa de lo pintoresco: la justeza del color, la sobriedad del tono, casi siempre vaporoso, enorme, por la visión de las lejanías, da a sus cuadros una noble y profunda tonalidad. Su manera, no conoce la frase hecha, el truco o el adorno

al día. Con todas esas admirables dotes, se lo halla siempre apto, para recorrer con poderosas alas las más dilatadas direcciones, en propia o ajena producción.

Con todo lo dicho, no nos sorprenderá, pues, la predilección de nuestro hermano adoptivo, por esta Provenza de los Felibres ecuatorianos; pues así como existe en el orden material la curiosa Ley de **mimetismo**, que encubre y preserva en las similitudes de la forma y el color, tanto la garra rampante que va tras de la carne que palpita, bañada en sangre... como la defensa del sér en peligro de sucumbir en la interminable lucha fatal; también en el orden moral hay leyes de atracción y afinidades vitalizadoras, de supremo poder en el mundo. Por simultánea y recíproca conciencia electiva, de sentimientos, conceptos, y sensibilidad general, brotó, desde antaño, la mutua simpatía entre los cuencanos y el Maestro Zaldumbide. Así, por tanta afinidad, la múltiple personalidad de nuestro amigo hubo de sentirse gratuitamente aprisionada en las ataduras y lazos fuertes del común afecto sin esfuerzo; al Arte, a la sencillez y la verdad propias del ambiente nativo.

Preciso es además saber que Zaldumbide lleva en su sangre caballerisca, por imperativo ancestral, el ardor lírico; herencia de su padre el poeta don Julio Zaldumbide; herencia por cierto acrecida en el vástago, en la vigorosa comprensión de la esencia misma del Arte; formando ancho señorío propio, y en envidiable nombradía trascendental. Yo diré también, aunque no quiera él creerlo, que el poeta se traiciona, no obstante la severa actitud del crítico.

En el soplo soberbio, profundo y elegante de toda la rica prosa de gran parte de su obra;

En el aristocrático donjuanismo;

En sus antiguas volubilidades de enamorado veleidoso, que sádico dejaba desposar sus novias;

En los escogidos placeres y refinamientos;

En el narcisismo, seguido de triunfos en el baile, en los salones y en la cita;

En el amor al mar, a los libros y a los viajes;

En las rebeldías de su juventud y en la mansedumbre serena de su madurez;

En toda esta larga letanía de su vida está oculto el poeta... añadiré su gran preocupación de coleccionista de caballitos de bronce, sus muchas corbatas y su venida a Cuenca a lomo de mula, para llamarle a gritos limpio... en serio y en broma: Poeta.

Singularizado por todo lo que precisa el

tipo de individualidad, de privilegiado ENFANT SUBLIME ET GATE, lleno de caprichos fantásticos, siempre con voluptuosa gracia desencantada, se mostró desde su juventud.

No hace mucho a que lo veíamos todavía lleno de inquietudes y tedios líricos. Más de una vez sorprendimos su cara abstraída, con una tristeza lejana en los ojos, acaso columpiando su alma en el imposible anhelo de la *musique confidentielle* de Saimain.

Reston perdu

suspendu

au-dessus de la terre ironique et brutale

son cœur voir

Révèles à la vie unique et musicale.

Con el conocimiento íntimo del amigo, en su vida sin velos y penumbras y con el alma que se le derrama en sinceridad, he de confirmaros mejor y absolutamente su honda y divina enfermedad... Vosotros mismos habéis apreciado todo el gran fervor con que él habla de la naturaleza en ese extraño y espiritual viaje que acabamos de oír.

¿Quién negará la poesía de ese atardecer de Tipococha? El paisaje está pleno de majestad cósmica; los elementos se agitan en grandioso marco de solemnidad. ¡El silencio de cobre, o de piedra, ciucela no sé qué tara sinfonía de voces milenarias y misteriosas; el mundo parece que acaba de surgir húmedo y confuso de la creación. La llama de esa descripción, penetra dejándonos en el alma no sé si el terror o la paz de lejanas edades!... Más adelante, en la misma recitación de viaje, con la simplicidad desolada del páramo por fondo, hemos admirado el poder de los poéticos pinceles de Zaldumbide. Por ahí aparece a la vera del camino, semejante a un lienzo de Zuloaga, un indio semibruto, inerte, emanando una enorme tristeza en su torno. Allí está, ese ser larva o animálcula, representando la inconstable inconsciencia de un cuerpo sin alma; los ojos sin ver, perdidos en la amplitud solitaria, y en el sombrío olvido amnésico de un pasado sin ser y sin ecos!... Paralizado en su miseria, ese indio es el símbolo y el gesto de toda su raza, petrificada en la bestialidad sin pensamiento, impávido bajo el cielo gris inclemente, que desata la cabellera ululante de los vientos... Maestro, motivo de fatalidad, que gravita melancólico sobre nuestro suelo.

¡Oh indio, animálcula triste, bien quisiéramos cambiar tu carne y tus huesos para cambiar tu tristeza visceral en la alegría de la Patria.

Esas visiones sublimes, pero fatigantes por la tensión dramática, pronto se cambian en dulzura íntima, en apasible sentido familiar.

Al llegar a la ciudad que es sólo beatitud de hogar, ya no escucharemos sino sus elogios para las flechas del sol morisco y para la acogedora armonía pánica de esta tierra.

La ciudad entera se alegró al amparar al ilustre Bohemio: todos, todos son sus amigos, a quienes recibe lleno de bondad; su alma se difaniza más y más a través del departir diario; mientras recibe en su corazón sonoro, familiares las tibias caricias del clima, los traviesos cabrioleos de la luz, que armoniosamente ponen sus chales de plata en el río, en los prados, en las montañas y en los árboles.

En los ojos ensoñados y melancólicos, que traicionan al diplomático y al hombre de mundo, brillaron pronto las lágrimas de la despedida cariñosa y sin olvidos se marchó el amigo, para sólo venir en espíritu entre nosotros, al ardor y al reclamo de estas escaramuzas de Orfeo y Apolo que celebramos hoy, entre el coro de fervientes voces juveniles!

* * *

Para terminar.

Vaya, pues, nuestra gratitud, al corazón inflamado de irresistible dulcedumbre, veni-

do como llama votiva, para irrumpir el fuego cordial del amor, en el rincón andino, injustificadamente preterido por nosotros mismos. Bebamos, como buen vino, el manantial claro de la sinceridad, venido a engrosar la corriente de las aguas nativas, oigamos las sapientes amonestaciones, pretiriendo inútiles rebeldías; venerando más al árbol viejo, que al vástago incierto, y dando el traste con la manía sociológica y no haciendo mucho caso a los...ismos de la literatura ultra.

Ojalá prenda la chispa del entusiasmo, no obstante el inhóspito y gélido ambiente de la época, para ir más allá de la magnífica dádiva espiritual del fervoroso amigo.

Fija ha de quedar esta lección anunciadora del Maestro, para hacer sonreír alegre y tumultuosa la vida: con la alegría de nuevos cantos hemos de besar la tierra de nuestros mayres, y la santa pobreza de ella, como Francisco de Asís o el Nazareno al leproso de la Leyenda. Vayamos seguros de que ojos extraños nos han dado el sendero, tornado claro los propios horizontes que el amor y el Arte los han de volver eternos.

Cuenca, 31 de mayo de 1929.

Cornelio Crespo Vega

ESTUDIOS

Es una valiosa publicación española que antes se publicaba con el nombre de "Generación Consciente". Por curiosidad lea Ud. un número. Luego de terminar su lectura, no le quedará otro deseo que el de adquirir los números publicados y el de pedir una suscripción con la pequeña cantidad de 6,50 pesetas por año.

Dirijase a **J. JUAN PASTOR.**

Apartado N^o 158.—Valencia, España

La Épopéya del Arbol

Poesía premiada en la Fiesta de la Lira de Coesca

Yo tuve antes que el hombre la vida en el planeta;
patriarca fui en las cumbres con mi soberanía;
mis formas ya gigantes llegaron a su meta,
y, tranquilo y señor, gozaba y florecía,

cuando dieron mis flores toda su esencia pura
a la hora eterna y santa de amor y bienandanza
en la que el buen Señor, desde su sacra altura,
dijo: «¡Hagamos al hombre a nuestra semejanza!»

Yo fui el primero en todo el proteger al hombre;
yo fui prestigio y gala del dulce Edén florido;
arrancaba mis flores porque él su senda alfombró,
fui su primera casa, más que casa: fui nido!

Yo presidi el primer idilio de la vida,
a mi sombra el primero de los hombres fué amado.
Yo presidi su triunfo, presidi su caída,
yo cubrí la primera vergüenza del pecado!

Fue dolorosa como clamor de una elegía
su erranza por el mundo, solo y desconocido,
y su único consuelo fuiste tú, sombra mía,
del frío santo amparo, y abandonado nido.

Todo esto hoy día extraña, todo esto hoy día asombra,
pero fue así . . . De tarde, llegábase las nieblas,
la inmensidad tenía con su negror la sombra . . .
Yo amparaba el terror de las mudas tinieblas.

Yo fui para él eterna salvación y consuelo;
mis ramajes formaban sus únicas barreras;
yo le he cubierto contra la inelemeencia del cielo,
le he defendido siempre del furor de las fieras.

Pero él ha sido ingrato con todos mis favores,
me ha desnudado en cambio de que yo le he vestido;
sin que le importen nada mi angustia y mis dolores,
me ha arrancado la vida por la que él ha vivido.

Este mismo ramaje que le da fruto, luego
cuando viejo y enfermo se marchita, se mustia,
él lo lleva a la hoguera donde crispera de angustia
y crepita vibrante en mil lenguas de fuego.

He dado todo al hombre . . . Y al hacerme una herida,
él de nada recuerda en su frío egoísmo:
¡Carpintero, esas hachas que me cortan la vida,
se mueven con un trozo formado de mí mismo! . . .

Al fin llegué a vengarme de la crueldad del hombre
que gozó de mis flores y después me dio muerte:
¡Me convertí en patíbulo para infumar su nombre,
en mí le torturaron, en mí le he visto inerte!

Pero es triste misión la de hacer mal . . . Mis flores
dan un dulce deleite con su esencia sagrada;
mis ramajes dan sombra . . . Olvidé mis dolores
causados por el hombre, no recordé de nada,

ni siquiera la horrible tortura en que me he visto,
y perdonando todas mis angustias sin nombre,
dejé de ser patíbulo al mandato de Cristo
y figuré en la empresa de redención del hombre . . .!

Hice altar de mis pobres ramas viejas y rotas,
y henchido de alto gozo celestial y profundo,
sentí caer en él esas sagradas gotas
de sangre que sellaron la redención del mundo!

Y desde entonces fuimos hermanos con el hombre.
Él me da su cariño y yo le doy mis flores;
acato fiel las órdenes que recibo en su nombre;
yo vivo en sus hogares, trabajo en sus labores.

Y hago el bien satisfecho, pues mi auxilio es fecundo
cuando de mí se vale para algún grande anhelo:
¡Yo acompañé a Colón para encontrar un mundo,
y hoy ando con el hombre por el azul del cielo!

Y hago todos los días mis pequeños poemas:
Yo decoro el paisaje, sobre una cumbre erguido,
poeta de los campos, cantando dulces temas,
mientras reviento en flores y sostengo los nidos!

Alzado sobre el campo, presido algún idilio,
mientras la tarde apaga sus cárdenos fulgores,
y después canto y lloro, cual si fuera un Virgilio
que dijera sus églogas sobre amor de pastores.

Saluda desde lo alto mi ramaje a la aurora,
y desde él le saludan las aves con sus cantos;
despide al sol mi copa que en sus rayos se dora,
reflejándole al mundo sus últimos encantos.

La clara agua del río que junto a mí desliza
pone mis pies desnudos con besos de sus olas;
las auras me despeinan de otoños con su brisa,
y van mis hojas secas en la corriente, a solas!

Me prestan los remansos su espejo en sus cristales,
para la gloria dulce de mirarme florido,
y copian en el fondo paisajes ideales:
Un cielo azul... la luna y un árbol con su nido!

Yo le acompaño al hombre con afán inefable,
Soy grande con los grandes: en las cortes soy trono.
Soy humilde y pequeño con todo miserable,
trabajo en sus labores y nunca le abandono.

Hasta en sus emociones vibro en toda su pauta:
Yo canto en los pianos, me quejo en los violines,
y si el hombre es humilde, soy humilde; soy flauta,
y lloro con él indio en todos los confines.

¡Oh el martirio divino de ser flauta que llora,
ser la voz de una herida profunda que da quejas...
No es la misión del trono tan dulce y seductora
cual ser flauta y quejarse en las casucas viejas!

Clamores de alegría damos a la querrela
que la voz de una vieja, infinita tristeza...
La cita de la selva para llorar en ella
yo mi antiguo reinado y el indio su grandeza!

Y extendiendo mis brazos secos y descarnados,
en medio del silencio profundo del olvido,
medito, decorando paisajes desolados,
en todos esos grandes poemas que he vivido:

¡Las grandes epopeyas en las que yo me he visto!
¡Yo acompañé a Colón para encontrar un mundo,
yo fui el ara sagrada en la que un día Cristo
consumó el gran poema de redención del mundo...!

Manuel Coello Noritz

FRAGMENTOS DEL LIBRO "UNIVERSIDAD Y DEMOCRACIA" DEL DR. PALACIOS

Nunca nos cansaremos de repetir las frases que los maestros de Indolatinia conagraron por la realización de los ideales de paz y fraternidad entre los pueblos de América, ligados por un idioma, por sentimientos comunes y por un mismo porvenir. Sus enseñanzas, sus ideas renovadoras estarán latentes en los espíritus de las juventudes generosas, que ofrendan lo más noble de sus vidas por la armonía de los pueblos de Hispanoamérica. Reproducimos algunos conceptos emitidos por el Dr. Palacios en una conferencia pronunciada el 31 de julio de 1923 en Buenos Aires, a iniciativa del «Ateneo del Centro de Estudiantes de Derechos». En la próxima edición daremos nuevos capítulos interesantes.

La juventud quiere un continente armonioso

TENGO a la vista la declaración de la Federación Universitaria de Buenos Aires, entidad que auspicia este acto. Es un hermoso documento. Expresa que la juventud estudiosa repudia el erróneo concepto de argentinidad, de que hace profesión de fe el Sr. Lugones, y que se enuncia por el odio al extranjero y la exaltación del militarismo. Hace un llamamiento a las organizaciones estudiantiles del país, invitándolas a pronunciarse en sentido análogo, y, por último, afirma con palabras llenas de emoción que gestionará un pacto solemne de fraternidad, que haga solidaria a toda la juventud americana en un elevado anhelo de concordia continental y en la firme decisión de oponerse hasta el sacrificio al fomento de la paz armada y a cualquier siniestro propósito de llevar a nuestro pueblo a una criminal aventura de guerra.

Esto significa que la juventud quiere un continente armonioso y que tiene la vista fija en las democracias hermanas, lo que ya demostró en los días memorables en que se iniciaba la reforma, cuando desde Córdoba lanzaba un manifiesto «a los hombres libres de Hispano-América».

No se trataba para ella, entonces, de un problema nacional, sino continental. «Estamos viviendo, decían los universitarios, una hora americana». Por eso, la juventud de Córdoba, por intermedio de su Federación, saludaba a los compañeros de América y les invitaba a colaborar en la obra iniciada.

La juventud, se hacía, entonces, como ahora, intérprete de un deseo vehemente de solidaridad, que flota sobre la América nuestra, y que nació con los primeros anhelos de libertad en las guerras de la independencia.

El Americanismo

Es argentino el ejército que triunfa en Chile y da libertad al Perú. Es colombiano el vencedor de Ayacucho; venezolano Bolívar, que independiza Ecuador, Colombia y Bolivia. De norte a sud, recuerda el perua-

no García Calderón, hermosa fraternidad, curioso intercambio de patrias, dan a los campos de batalla espléndida variedad de hombres; la conciencia de antiguos lazos afirmados en estas gloriosas campañas, suscita un sentimiento permanente: el americanismo.

Nuestra revolución fué americana. Lo han reconocido todos los historiadores, y Rojas ha podido afirmar que la argentinidad tendía en el alma de los próceres hacia la forma progresiva de americanidad. No discutimos la mayor o menor importancia de los pueblos en la historia de la independencia o la prioridad del estallido revolucionario. Pensamos, sólo, en que ha de impulsarse a nuestra América un ideal permanente de justicia y en que somos todos, hijos de la revolución, cuyas rebeliones fulguraron, lo mismo en Caracas, que en Buenos Aires y La Paz.

La Constitución chilena de 1811 auspiciaba la alianza de los pueblos americanos para defender su seguridad exterior, de Europa, —y para evitar guerras «fratricidas».

Montesquedo, en 1812, hablaba de la patria americana y creaba en su constitución, la ciudadanía continental. Escribe, después, sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos, dando el plan de organización.

En 1818, San Martín, varón de Plutarco, héroe de la solidaridad continental, consideraba necesaria la federación perpetua de los pueblos de América y proponía un congreso de representantes de Perú, Chile y Buenos Aires. En el mismo año, O'Higgins, sugiere la misma idea.

Bolívar, legislador, guerrero y tribuno, por antonomasia «el libertador», desde 1813 proclamaba la unión continental, y en 1818 escribía a Pueyrredón, expresándole los sentimientos de tierna solicitud que animaban a los venezolanos respecto de sus dignos «compatriotas» meridionales. «V. E., decía Bolívar, debe asegurar a sus nobles conciudadanos, que no solamente serán tratados y recibidos aquí, como miembros de una república amiga, sino como miembros de nuestra sociedad venezolana»; y terminaba con estas hermosas

palabras: «una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad».

Por un pacto quería formar la patria latinoamericana anulando las soberanías particulares y creando una, que resumiera todas. El plan era demasiado estrecho y prematuro, pero generoso y alguna vez se realizará. Bolívar es el precursor.

En 1826, el Congreso de Panamá afirma la unión moral de las repúblicas congregadas, —y en 1847, en Lima, se declara que las repúblicas americanas, ligadas por el vínculo del origen, el idioma, las costumbres — por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones y, sobre todo, por sus comunes necesidades y recíprocos intereses, no pueden considerarse sino como partes de una misma nación. Esta asamblea realizó una tentativa de «Zollverein» hispanoamericano, al sancionar en una convención, que «los productos naturales o manufacturados de cualquiera de las repúblicas confederadas, que en buques de una se introduzcan en otra de las mismas repúblicas en que sean de lícito comercio, sólo pagarán la tercera parte de los derechos de importación, impuestos a los mismos productos cuando permanezcan a otra nación extranjera».

América Latina debe ser solidaria. Tal la consigna. Para ello, como lo quiere la juventud y lo afirma valerosamente en su declaración que comento, es menester la decisión de oponerse hasta el sacrificio a todo si nuestro propósito de llevar a nuestros pueblos a una criminal aventura de guerra.

Hemos de cultivar la vida de relación de los países iberoamericanos, y digo así, para comprender al Brasil, aunque Almeida Garret, el poeta nacionalista lusitano, sostiene que los portugueses, podrían, también, llamarse, sin menoscabo y con mucha propiedad, españoles.

Enfrente de la criminal prédica guerrera hemos de oponer la política de libertad, inspirándonos en el Congreso del 47, para que se sancione el libre cambio continental aboliendo las tarifas aduaneras agresivas, lo que permitirá acercar a los pueblos por sus propios intereses.

Superemos nuestro patriotismo

En las democracias hermanas que he recorrido en misión universitaria, he sentido las palpitations generosas de la juventud que brega por la vinculación de los pueblos. Tenemos el mismo idioma, y el idioma, se ha dicho muchas veces, es un instrumento de paz. Para Carlyle, Shakespeare es el símbolo de unión y paz de todos los pueblos de lengua inglesa. El símbolo, para los pueblos de lengua española, es Cervantes, dice Arquistain. Tenemos el mismo origen; estamos unidos por el mismo movimiento de emancipación; hemos defendido la misma

causa; tenemos los mismos problemas internos y externos que resolver; aspiramos a la realización de las instituciones democráticas; y, por último, nuestros productos, lejos de excluirse, se complementan. ¿Por qué, entonces, mirarnos con recelo? ¿Por qué, entonces, no ofrecemos fraternalmente nuestras riquezas, sin suspicacias, sin emboscadas, que todo eso, y mucho más, crean los aranceles?

Hagamos de la América nuestra, una entidad colectiva, respetable, aún manteniendo las soberanías particulares de cada nación; forjemos el porvenir, estrechando los lazos fraternales, disipando todas las dudas, evitando todas las asechanzas.

Cuando recién nos emancipamos, habíamos superado nuestro patriotismo. Le hicimos continental. El reglamento de 1817 no consideraba extranjeros a los americanos y a la Constitución de la provincia de Entre Ríos de 1822, exigía entre los requisitos para ser elegido diputado el de ser ciudadano natural de América.

Y hoy, los hombres representativos de las democracias hermanas, tienen el pensamiento fijo en la unidad continental.

Mi ilustre amigo José Vasconcelos, Sarmiento redivivo, que en Méjico realiza la reforma educacional, contestando a una en cuestión, dice que hay que ampliar la patria para hacerla americana, y que para ello es menester, comenzar por la unificación de la enseñanza en todos los países ibero-americanos. Los gobiernos, en vez de perder el tiempo en congresos panamericanos, a base de disimulo y de mentira, deberían auspiciar congresos pedagógicos, para la adopción de textos comunes, con las excepciones naturales del caso, — y para lograr la homogeneidad de nuestras instituciones. El primer artículo de toda constitución política ibero-americana, dice noblemente el Ministro Vasconcelos, debería estar redactado así: «Son ciudadanos de este país y tienen todos los derechos a la ciudadanía, los nacidos en territorio de Hispano América».

Bien hacen los jóvenes universitarios en repudiar el nacionalismo agresivo de Lugones y en requerir el pacto de fraternidad que haga solidaria a la juventud americana. Siguen las orientaciones de nuestra política internacional, que siempre fue de concordia, que estuvo impulsada en todos los instantes, por nobles sentimientos de justicia y de lealtad.

Nuestra política internacional idealista

Cuando, por desgracia, tuvimos que marchar a la guerra, invadida Corrientes, el tratado de la triple alianza, de 1° de Mayo de 1865, declaró que nuestras armas no se esgrimían contra el pueblo hermano del Paraguay, sino contra el tirano. Terminada la guerra, Mariano Varela, Ministro de Sarmiento, lanzó la frase admirable que reper-

cute todavía, gloriosamente, en todos los ámbitos del mundo: «La victoria no da derechos». Y el principio tuvo estricta aplicación. Devolvimos al Paraguay, acatando el fallo del árbitro, los territorios a que creíamos tener derecho y que habíamos ocupado después de la victoria.

Muchos años más tarde, siguiendo nuestra tradición, tuve el honor de presentar en el Parlamento Argentino, un proyecto de ley, que firmaron conmigo, el actual Presidente de la República, doctor Alvear y los doctores Justo y de la Torre, pidiendo la condonación de la deuda de guerra y la devolución de los trofeos que cayeron con gloria en los campos de batalla. Ya había sentado jurisprudencia internacional el nobilísimo pueblo uruguayo. En una hora solemne, los representantes de esa Nación, en nombre de la fraternidad que consagra el espíritu de nuestra raza, extendido la diestra, como cuando se va a prestar un juramento, votaron por el retorno de los trofeos paraguayos. Y una multitud inmensa, plena de emoción, vio desfilar las banderas, que volvían a la patria, mientras escuchaba los acordes del himno, que nunca llegaron tan hondo en las almas, porque ese día el himno uruguayo, fué el himno de América.

Hemos proclamado en el mundo la justicia social, cincelandó con cariño el alma colectiva de nuestro pueblo para hacer de ella una obra de arte. Por eso, Mr. de Lapradelle, nos dijo desde la misma cátedra que ocupó en la Facultad de Derecho, que el alma de la Francia, — de la Francia idealista y desinteresada, hoy obscurecida por el Imperialismo, — tiene que ser comprendida en el seno de naciones como la Argentina, que han sabido honrarse proclamando su criterio jurídico a la luz de la tierra y enseñando que «la victoria no da derechos».

Un compatriota ilustre, ha criticado el renunciamento al legítimo fruto de los sacrificios del pueblo, con riesgo evidente, ha dicho, de la fe nacional en su propio esfuerzo, pues nada desalienta más las humanas energías, que el trabajo sin recompensa. Después de las guerras de la independencia, del Brasil y del Paraguay, volvieron nuestras armas victoriosas a sus viejos y desmantelados cuarteles y todo el premio consistió en decir al pueblo que había contribuido a fundar dos naciones en el norte, una al oriente y a libertad otra de la tiranía....

Esa es, precisamente, nuestra gloria. No siempre ha de ser material la recompensa, y bueno es que así sea, para que no se amonedan los corazones.

Hemos proclamado y aplicado, garantizando, así, la paz, como doctrina argentina, el arbitraje, antes que Europa lo aceptara teóricamente en sus asambleas internacionales. Sometimos a arbitraje una cuestión, después de la victoria, perdimos el pleito y acatamos el fallo.

En el Congreso Panamericano de Wás-

hington, Venezuela pidió un voto de la Conferencia que significara el anhelo de que su conflicto con Inglaterra se resolviera pacíficamente por arbitraje. Los Estados Unidos, que por declaraciones anteriores, estaban más obligados, negaron ese voto, y entonces la República, por intermedio de Sáenz Peña, nuestro gran Presidente después, sostuvo la doctrina argentina, inspirándose en el más alto sentimiento de justicia social.

En 1902, los representantes de Alemania y de Gran Bretaña, en Caracas, exigieron del gobierno de la República hermana de Venezuela, — que hoy gime bajo la tiranía, amparada por el capitalismo yanqui, — el reconocimiento inmediato y el pago sin discusión, dentro de un plazo perentorio de 48 horas, de reclamaciones pecuniarias, y ante la justa negativa de Venezuela, los aliados realizaron actos de guerra. Venezuela había contratado con particulares, como persona de derecho privado, y, por lo tanto, no había creado relaciones internacionales. Era aplicable la regla «caveat emptor».

Luis María Drago, bajo la presidencia del general Roca, el 29 de diciembre de 1902, en su carácter de Ministro de Relaciones Exteriores, expuso, en nombre de la República, principios sobre la inviolabilidad de la soberanía de las naciones y defendió al pueblo hermano de la especulación armada.

Tal es la política internacional argentina, contraria a los imperialismos absurdos, que pretende desencadenar un patriotismo agresivo, y que en nuestra América carecen de la base económica que pudiera explicarlos en Europa. Toda prédica imperialista impondrá la paz armada y llevará los pueblos a la bancarrota.

América debe ser solidaria. Enfrente de los marisculeos inconsultos y de la política armamentista, hemos de proclamar la unidad moral de Hispano-América, que supere nuestras fronteras, unidad entrevista por los poetas que cantaron al patriotismo fraternal, ampliado y ennoblecido, solidario con todos los pueblos del continente.

Jaurés, el apóstol de la paz y de la democracia, nos recordaba en una de sus inolvidables conferencias; que Mármol, el proscrito, exalta la naturaleza brasileña, la riqueza tropical, con una emoción americana que es una especie de patriotismo agrandado, — y que Andrade representa a América como el imperio de la justicia, presintiendo el día en que sobre su inmenso territorio, los hombres de Europa encontrarían en abundancia el pan y la libertad. Los Andes de América, dice el poeta, serán el templo de cúpulas de hielo, en que después de un batallar rudo, colgarán sus armas todos los pueblos, para elevar al cielo el himno sacrosanto de amor y libertad, proclamando la «eterna comunión de las naciones».

Alfredo L. Palacios

GUANABARA

A Saúl de Navarro

Río de Janeiro

En las aguas florecidas
con albor de las espumas,
blandamente va la prora en las dormidas
olas donde vela el nomen de las brumas. . .

Y se rasga la neblina de improviso,
y aparece sobre el fondo de los montes,
la verdad del paraíso,
en el cerco de ideales horizontes.

Y los montes como monstruos primitivos
con las gibas y los pómulos disformes,
se levantan o se inclinan pensativos
extendiendo los tentáculos enormes.

De Plutón dentro las fraguas
se forgaron estos monstruos, los titanes,
con estruendo de tormenta de las aguas,
al soplar de gigantescos huracanes.

Al pie de estos colosales promontorios
sus redondos senos muestran las colinas,
donde lucen—en gentiles abalorios,
con diamantes—vivo esmalte y perlas finas.

Y en la espléndida herradura
con que extiende la amplia curva las riberas,
de palacios y de torres la blancura
y el encaje y el temblor de las palmeras.

Para dioses, para silfos, para ninfas,
esta tierra fue nacida, fue encontrada;
para barcas de merfil son estas linfas,
para Gracias, para el Genio esta morada. . .

Y cada isla canastillo
de verdura, de colores, de matices.
Olorosas algas flotan con el brillo
que el sol vierte de la nube en los tamicés.

¡La India América! despliega los primores,
en la testa y en el seno y en la falda:
todo es vida, todo es savia, aroma y flores;
concha de oro, de topacio y de esmeralda.

Será aquí la poesía triunfadora,
la que brota en toda rama, en toda yema;
la que nace, la que crece, la que enflora
para el grande, para el único poema.

Corazón del nuevo mundo, a los abriles
de esta tierra de prodigio y gracia y brio,
llegarán tantas audacias juveniles
a mezclarse en las corrientes del gran Río.

¡India hermosa, de tu regia maravilla,
llevo un ala y una chispa de tu hoguera!
¡Pueda un día, con mi ira de Castilla
sentir tu lama, ser tu esclavo, Reina Ibero!

Cuenca, 1915

Remigio Crespo Toral

Poema de la Cooperación

Especial para AMÉRICA

Pues que llego al otoño reflexivo
y enguinaalda mi sien la lumbre pura,
quiero dejar la carne ya madura
y a los hombres llevar el manso olivo.

Sobre la tierra hostil tiendo mi escala,
mientras gruñe la carne en su honda cueva;
y revelo una dulce verdad nueva
a mis hermanos: la lección del ala!

Veo llegar las naves de la vida
con su doliente cargamento humano,
y canta la Epopeya del gusano
la trinchera fatal, fruta podrida.

Deben alzarse en huelga aías y armiños
contra el imperialismo de los muros!
Camaradas; romped los campos duros,
rociados por la risa de los niños.

Tapen gajos de frutas las trincheras
y la quijada de asno se abra en flores.
Cambien en humo todos los rencores
las fábricas, humanas gusaneras.

Hombres y niños: manos a la obra!
Siglo es de construcciones y de inventos.
Demos nuestro puñado de lamentos
por el vino cordial de la maniobra.

El año Veintinueve, el año Treinta
y más años, segundo por segundo,
armen ya los obreros sobre el mundo
el Arco-Iris a golpes de herramienta.

Toque final de la *hora de la espada!*
Primer minuto de la nueva hora:
Cien mil puños construyen con la azada
la montaña de trigo de la aurora!

Desde los cuatro puntos cardinales
llegan, entre el aullido de los trenes,
hombres con luz de amor sobre las sienes
y en los labios las prédicas sociales.

Interrogaron a la Esfinge rusa
y traen su secreto en la pupila.
Entre esos hombres, en primera fila,
el Hermano de Asís viste de blusa.

Cédeme, camarada, el manso olivo
para plantarlo entre la muchedumbre:
Quiero volver hasta tu humilde lumbre
pues que llega el otoño reflexivo.

Berlín, 1928.

Jorge Carrera Andrade

MUSICA Y MUSICA

Para mi ilustrado amigo, el maestro
colombiano Guillermo Quevedo Z.

LA visita que hiciera a Quito el trío argentino me ha hecho pensar en la causa de la diferencia sugestiva de la música popular y la música sabia. Un técnico atribuirá a la técnica, puede ser; un esteta atribuirá el fenómeno a la sinceridad expresiva que en la primera se revela en su totalidad, en su período naciente de naturalidad ingenua, sin que sea posible afirmar que la segunda no sea sincera, puesto que de no serlo, tampoco sería la bella expresión del sentimiento, cualidad inherente a la obra de arte. Pero si esta música nos transporta a regiones superiores de contemplación, a cielos de infinita belleza, a la emoción sublime y sobrenatural del espíritu en un ambiente ilimitado de paz beatífica, la música popular tiene por su parte caracteres humanos como principal atributo, sugestión pasional de vida, de vida humana. Al través de la música popular se siente el anhelo atormentado del alma que sufre y llora, del alma que espera y canta, todo dentro de las fuertes líneas que le imprimen el paisaje, el medio, la latitud.

Hay pues una diversidad fundamental que distancia las dos emociones, algo real que pudiéramos llamar concepto artístico de la una y de la otra música, aparte del elemento sencillez; quizás infantilidad de la una, en contraste con la profundidad, amaueramiento y cultura de la otra, contraste que en ningún caso nos autoriza a preferir incondicionalmente un género, desdefiando el otro, como que el aprecio de una cualidad no implica el desprecio de otras cualidades.

Es la solidaridad de raza, la solidaridad de especie, la que se transparenta en la expresión artística de la música popular y es el estilo, la manera de expresión, la cultura de la forma y el concepto trascendental lo que informa la música elevada. El despectivismo clásico ha calificado de sensual a la música popular, desconociendo su legítimo origen histórico; y un entusiasmo patriótico, digno de todo encomio, cree faltar a su deber si no da preferencia de valor a este género sobre aquél. Todo exclusivismo nos parece de fatales resultados para el desarrollo orgánico del conjunto. La belleza recorre una escala bien extensa de formas, colores y emociones, en la que caben todas las manifestaciones del espíritu si llevan consigo la divina virtud de la gracia estética. Y la cultura debe ser integral en las dos formas, en los dos géneros, como que del uno se deriva el otro y a las grandes producciones se llega por el camino de las pequeñas, condición ineludible de la naturaleza humana, singular o colectiva, productiva o contemplativa. En muchos países de Europa y no pocos de América, entendidas las cosas de esta manera, se han establecido concursos anuales de canción popular o del género típico de música de danza, para estimular la inspiración creadora de su pueblo respectivo.

Aplaudamos sinceramente la música popular en su bella simplicidad y admiremos devotamente la grandiosidad profunda de la música sabia, ambas son hijas del alma.

Sixto M. Durán

LA EDITORIAL MAUCCI

tiene a la venta las obras antiguas y modernas de los escritores notables del mundo. Si Ud. desea enriquecer su biblioteca, solicite catálogos a la

Casa Editorial Maucci.—Mallorca, 166.—Barcelona.

En Nuestra Galería de Pinturas

Espcjo. Canizares (I). El Longñí

(FRAGMENTO)

ESTUDIADOS ya en nuestra Galería de Pintura, a la luz de la historia y del criterio artístico, los lienzos que atesoramos de Manosalvas, Cadena, Pinto y Cevallos, maestros y príncipes de la paleta en las postrimerías del Siglo XIX y principios del XX, llegamos a tres telas que, de propósito y estudiadamente, las hemos colocado enseguida de las de aquellos que supieron conservar y mantener en alto el cetro de la Escuela Quiteña de Pintura.

Son las dos primeras, sendos bocetos de personajes prominentes de nuestra Epopeya Emancipadora, a saber: del Dr. Dr. Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo, Precursor de la Independencia; y de Doña Manuela Canizares, la heroína del 10 de Agosto de 1809. Finalmente, la tercera tela, fruto, como las otras dos, del conocido y celebrado pincel del Sr. Dr. César A. Villacrés, representa la agonía del rey de los astros, al sepultarse tras la cima del Longñí.

Como solemos hacer, antes de estudiar estas tres producciones pictóricas, conozcamos siquiera brevemente al artista que las ha creado.

Nativo de la risueña ciudad de Ambato, y ricamente dotado del cielo para la percepción y representación de la Belleza, pertenece el artista señor Villacrés a esa pléyade de varones que sube y sube hasta llegar a la escarpada cumbre de la perfección—que lo es de la gloria al propio tiempo—, a esfuerzos propios, en alas del estudio asiduo, del trabajo constante. A pesar de la premiosa lucha por la existencia, el señor Villacrés, como artista de verdad, empéñase tesoneramente en buscar y representar en sus lienzos la Verdad y la Belleza, elementos constitutivos y esenciales del Arte. Todos los géneros de pintura le son conocidos, todos los ha cultivado, si bien con éxito variado: hay quienes lo hallan más capacitado y con mejores ejecutorias para el retrato y el género histórico; quienes, para el paisaje; y quienes, también para los cuadros de costumbres.

Hemos citado el histórico, entre los géneros de pintura; y, por ser el de mayor agrado nuestro, y el que deseáramos verlo más extendido y cultivado, vamos a formular unas breves reflexiones. Venero de inspiración, mina poco explotada de temas, para

esta clase de pinturas, es toda nuestra historia, tanto aborigen y colonial, como republicana, y mayormente la del heroico y tormentoso período de la Independencia. Y sin embargo, cuán pocos y contados son los artistas que han ejecutado obras de esta clase: Manosalvas, Cadena, Egas—el de los buenos tiempos—, Mileros, y sobre todo Villacrés. ¿Por qué no andar por este amplio y hermoso sendero, dejando el frecuentado de las impropiedades llamadas "costumbres nacionales", pues que deberían llamarse "indígenas", y que sólo han servido para el desprestigio de nuestra sociedad y cultura patrias en el extranjero? ¡Cuánto provecho, y sobre todo cuánto renombre y gloria para sí y la patria, si el número de cultivadores del género histórico de pintura fuera ercido en el Ecuador!

La contemplación y el estudio de la naturaleza, tan espléndidamente rica, variada y hermosa entre nosotros, a más de inagotable ventero de temas y modelos, es para el colorido fuente segura y abundante. ¡Cuántos de nuestros sobresalientes artistas se han inspirado en ella!; nos bastara citar, para el efecto, los nombres de Luis A. Martínez, Joaquín Pinto, Juan León Mera, etc., no menos que el del pintor que vamos estudiando, ya que el señor Villacrés, más realista que idealista, pone todo su conato, inclusive respecto al colorido, en que todas sus producciones estén en consonancia con la realidad de los hechos y de las cosas. Además, y para finalizar, opinamos que con Pinto, Salas y otros se eslabona Villacrés y pertenece a la escuela clásica de Sanamiego; si bien, en estos últimos tiempos se ha inclinado un tanto hacia la escuela modernista.

Volvamos al retrato de Santa Cruz y Espejo.

En diaria labor indagatoria de la Verdad, no podemos transigir con aquello que abiertamente se opone a ella; por esto, más de una vez han brotado a nuestros labios frases condenatorias y de protesta, contra un nuevo, irrespetuoso y perjudicial prurito, por desgracia consagrado en publicaciones de última hora, el de suplantar retratos de

(1). Escribimos este apellido como solían hacerlo Doña Manuela y sus parientes.

personajes ilustres, exhibiéndolos como auténticos, sin hacer ni miramiento de ninguna clase para el público, restándole con ello toda fe aún para los datos históricos y biográficos.

No así el señor Villacrés, con los retratos de quienes no ha conservado su fisonomía el pincel, el lápiz o la fotografía; en semejantes casos, nuestro artista los crea, procurando acercarse a la verdad, cuanto le es posible, mediante la búsqueda y estudio de datos, rasgos y huellas que de ellos nos hubiesen quedado y se encontrasen. Con toda verdad, alguien escribió de él estas palabras: "Busca el alma a través de la fidelidad de la biografía, los rasgos psicológicos, el carácter".

De este modo ha sido pintado, entre otros, el boceto del Dr. Espejo, que exorna actualmente nuestra Galería, el mismo que fue ejecutado para modelo del retrato de tamaño mayor, que se ostenta en el nuevo Salón de lecturas de la Sección Nacional de la Biblioteca Municipal de Quito.

El Sr. Villacrés es hasta ahora el único y verdadero creador del retrato de Espejo, del auténtico retrato de Espejo, nos atrevemos a escribir; ya que, para conseguirlo, ha procedido puntualmente y como por grados, previo concienzudo y prolijo estudio de la clase social a que perteneció; de su carácter; de la empresa a que consagró sus talentos y esfuerzos; de los rasgos descriptivos de su fisonomía, conservados en la historia; en suma, de la sociedad, costumbres, indumentaria, etc., de la época colonial en que vivió.

Nacido de clase humilde, en la ciudad de San Francisco de Quito, y bautizado en la Iglesia Parroquial de El Sagrario, el Dr. Dr. Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo, alcanzó alta cultura literaria, impropia de aquellos días, gracias a su incansable laboriosidad puesta al servicio de su clara inteligencia. Médico, teólogo, jurisconsulto y literato, toda su vida la consagró a la independencia absoluta de América; por la Independencia escribió y laboró siempre; por ella padeció persecuciones y destierros; por la Independencia rindió en Quito la jornada de su vida, a fines de Diciembre del año de 1795.

De la fisonomía de Espejo, tan sólo nos conserva la historia unos breves rasgos descriptivos, trazados a pluma y con tinta. Perseguido a sol y sombra, a causa de sus ideas y escritos libertarios, el ilustre médico se ocultó y huyó de la ciudad; para su captura, el Presidente de la Real Audiencia escribió al Corregidor de Latacunga, enviándole la siguiente filiación: "El enunciado Espejo tiene el rostro largo, nariz larga, y en el lado izquierdo del rostro un hoyo bien visible".

En esta forma conocemos más de un retrato, que espera solamente algún pincel que se consagre a trasladarlo al lienzo. Como ejemplo citaremos el de un sacerdote

El año de 1812 llegó a Guayaquil, prisionero desde Miley y con destino a las cárceles de Lima, el Pbro. Dr. Dr. José Bernardo Arias, en compañía de otro sacerdote; acusado también de insurgente. El Dr. Arias, intrépido e ingenioso, desapareció de Guayaquil. Entonces el Gobernador del puerto, Dn. Juan Vasco, trazó, por ver si se lo capturaba, el siguiente acabadísimo retrato: "El es de 28 años de edad, mediano de cuerpo, color blanco, cara redonda, algo rubio, poca barba, y su pronunciación tirando a serrano".

Acontece en pintura, y no rara vez, que resulten los bocetos, desde muchos puntos de vista, superiores a los cuadros definitivos y de tamaño mayor. ¿Cuál la razón de esto? Hay artistas que están dotados con facultades especiales para la miniatura y el boceto. Además, a todos nos es notorio que los bocetos son y reflejan las primeras ideas o concepciones artísticas; en los que, por medio de pinceladas enérgicas, expresivas y breves, se ha cogido y aprisionado a la inspiración primera, y dado a conocer esa como gestación artística, sin posteriores rebuscados pulimentos.

De veras maestro se manifestó nuestro inimitable Dn. Joaquín Pinto, sobre todo en los bocetos y miniaturas; así lo encontramos, al estudiarlo anteriormente, en los hermosísimos bocetos de la Transfiguración, los Templarios, la Noche y el Día, etc.

No de otra manera le juzgamos al Sr. Villacrés en el boceto de Espejo. Contemplado; un tanto arcaizado en el vestido, propio, eso sí, del que se usaba en los días de Carlos IV y Fernando VII, en el clásico cordón de cuero repujado, entonces tan en boga; bronceo el rostro; centellante y expresiva la mirada; radiante la despejada frente, con destellos de inspiración, empuña nervioso la bien cortada pluma, lista a consignar en las cuartillas las fogosas ideas y firmes propósitos en pro de la Independencia americana!...

Todo es correcto, hermoso y fidedigno en el boceto del primer bibliotecario de Quito; y está dando a conocer a las claras, que es el Sr. Villacrés, por sus cualidades de estudio y laboriosidad especialmente, de los artistas más capacitados para el retrato y la pintura del género histórico. Ya lo dijo antes de ahora el Ilmo. Sr. González Suárez, cuando, allá por el año de 1909, escribió: "Tiene Ud. dotes de artista, y el género histórico puede ser cultivado por Ud. con muy buen éxito".

Vengamos ya a los lienzos de doña Matucela Camizares, y de la puesta del sol tras el Longá.

Juan de Dios Navas E.

De la Academia Nacional de Historia y de la Real Academia de Madrid.

POEMAS

Láminas

A Guillermo Bustamante, que ha bebido
las gestas vírgenes de nuestros panoramas
indios.

Esta alegría azul
del cielo
hace cantar
a los nevados líricos
la canción blanca
de la nieve.

de su paso
sobre el lomo gigante
de los Andes,
el llama nostálgico
mide con su cuello
la muda esplendidez
del horizonte.

Y el arco del equinoccio
se curva
con un incendio de iris
al paso de las sombras
de los shayris
y las de los centauros
del Caporal Pizarro.

Y el trazo doloroso
del rondador del indio
— navegante en los vientos
que despeinan la testa
del cerro de Bolívar —
huye con la fragancia
del theobroma
sobre las ondas claras
del mar que vió Balboa.

Mientras rítmicamente
danzando la ciencia

De Profundis

Sobre la vida trunca de Carlos Leonardo,
mi hermano.

Ha batido tu espíritu sus dos alas de luz
en su vuelo hacia el negro silencio de la muerte!
Devuelto al barro nuestro sobre tu sueño muerto
abren ya su caricia los brazos de una cruz!

Prófugos ante el frío pavor de los inviernos
tus veintidós estíos que helieron cansancio
— romeros sin el norte del rumbo de Bizancio —
surcan ya las tinieblas de los mares eternos!

Ya no hay luna en tu noche! Ni el Hacha te asombra!
Ni en tus oscuros huecos sin acacias ni nardo
cantan los ruiseñores de la melancolía!

La muerte immortaliza tu juventud; Leonardo
duerme . . . sueña . . . y que alumbre tu espíritu mi vía
cuando mi barca se haga también hacia la Sombra!

Quito.

Antonio Montalvo

NUEVOS POEMAS

El Triunfo XXXXXXXX

Una extraña alegría, lentamente me llena,
El alma del crepúsculo, se recoge en mi pecho,
y a su caricia fría, se concentra mi pena,
y grita, como halcón que estuviere en asocho.

Todo canta en mi oído, y todo me envenena.
Me sonríe la vida, pero me hallo cansado . . .
Y aun cuando nada tuve, ya tengo una cadena,
una tristeza nueva, y un castillo encantado! . . .

Poema IX

Extiendo la mirada por el horizonte
que se dilata a mi vista. Cada monte
me parece un juguete. Hay un suave remanso
en el paisaje. Y hasta donde yo alcanzo
a penetrarlo, hallo perfume tierno, hallo
quietud de éxtasis . . . Cada tallo
se torna musical en mi oído interior.
Y el ángelus inicia un extraño temblor
que dice paz de esquilas, para el hombre sañudo
y una voz argentina, para el pecho desnudo.

¡Cómo se refugia temblando
el alma del cansancio en mi labio agrietado!
La jornada termina, y el antifaz de vida,
tras el cual la dulzura, fatalmente agoniza,
deja por fin el rostro, tílvez envejecido,
quizá tan sólo, cándido!

¡Cómo busco tormenta, como una sal
de vida! Y en mi interior exploto, con sin igual
destreza, esa linfa del alma, ese tenue secreto,
que hace crujir de risa, corazón y esqueleto . . .
Pero es que soy alegre! . . . En verdad, algo rara,
la gema de alegría, sin querer, se dispara
y por eso sorprende como un lento sollozo . . .
Y como un pasajero se siente vaceloso
ante un hombre que mancha de inquietud su camino,
y presto lo abandona, para seguir confiado,
la sal de mi alegría, como un filtro sagrado,
me va dejando sólo, ante el fiero destino!

Sin embargo; hay algo de inmutable en mi vida:
ese fondo de oro, de la bondad sufrida!
Ese ciego aleteo del alma, torpe para su pena,
sagaz para el conjuro de la angustia terrena!

Quito.

Hugo Moncayo



Al través de los Libros



Bajo la Cruz del Sur

América, libro abierto a todos los lectores; refleja en sus infinitas páginas su lozana y épica historia; los esplendores de su cielo; las maravillas de su naturaleza. Saber leer ese fecundo libro es inclinarse a los americanos al cultivo de la propia hermosura; al relato de sus épicos acontecimientos; al amor de la casona querida. Si la poesía en América ha de ser fuerte y autóctona, necesita reflejar sus bellezas, su historia, sus propios sentimientos. Lo doliente, enigmático y de pega va desterrándose cada día, como algo exótico e insincero que no palpitaron nuestros ojos ni se entró en el corazón del Continente.

Pocos son los versificadores enfermizos que se ocupan en lucubraciones fútiles, en ajenas naderías, en floribantes escenas que no conocen, en lo que tiene marco de pega, robado a otros países de distinta psicología.

El alma de América comienza a ser cantada en sus múltiples aspectos. Prosadores del solar; poetas del terruño; tradicionalistas de las comarcas indianas desentrañan sus misterios para presentarlos al mundo en impecable forma.

La poesía robusta y genuinamente americana es sabrosa como *Tabaré de Zorrilla* de San Martín, la *Virgen del Sol* de Juan León Mera, *La Epopeya del Cóndor* de Mutis, *Paisajes y Recuerdos* de César Borgia y otros poemas de Bello, Gutiérrez González, Heredia, Olegario Andrade, Luis Cordero, y cien más que entonaron himnos a las cosas de América, a sus volcanes y torrentes, a sus genios, con rauda inspiración y leal cariño.

El mismo Rubén Darío, de quien un excelso crítico expresó que no era el poeta de América, no fue extraño a las emociones del Motombo y de la opulenta Argentina y dijo con robusta trompa la admiración que lo causaba el sorprendente cazador Roosevelt.

Bajo la Cruz del Sur es un libro, que despidió el aroma de las florestas americanas. Quien inspiradamente lo escribió es vástago ilustre del autor de la *Canción Chilena* que sublimó la diáfana del azulado cielo en ese férreo y progresista país, junto con su edénico paisaje, refrescado por brisas puras y vivificantes.

El laborioso y selecto bardo chileno Samuel A. Lillo cultiva con profundo cariño la poesía americana. Fervoroso por las prístinas glorias de su patria, las ha rimado en

varias formas, desde la canción araucana hasta la oda a la América Latina.

Lillo evoca a los bravos e invencibles guerreros que conoció el soldado épico de Ercilla, rememora las proezas de su raza, habla de las esforzadas boronas, de rostro "fresco y carnoso como una poma del manzanal", mujeres indígenas que levantan su tienda próxima a la región del Cautín.

Temas americanos los suyos, están siempre empapados en el afecto a la tierra, lo mismo cuando sigue la estela del balandro de Punta Arenas, que se aleja en pos de los lobos de mar, que cuando contempla en el espacio el vuelo del águila del Puelche; lo mismo cuando describe la solitaria isla, golpeada incessantemente por las olas, en medio de la "tristeza infinita de un paisaje polar", que cuando punta a los perros marinos, de ágiles cuerpos y se detiene a examinar "sus cabezas salvajes, sus cuellos erizados y sus largos pelajes", monstruos con apariencia de lobo y de león; lo mismo cuando nos lleva por la gran selva americana, a cuya sombra tantas veces durmió y nos transporta, en alas de la poesía, a la que no fue visitada aún por los "batalladores corceles de Valdivia y don García", que cuando nos narra la gesta de los toquis, las proezas de Antihueno, el de vistoso tariconco o faja guerrera que lucha singularmente con el español; la suerte del último Peluén la temeridad de los caciques que con su cava formidable acometen al puma. Desfilan los queridos paisajes de Nahuelbuta, las melanólicas orillas del lago Llanquihue de obscuras linas que parecen teñidas "con azul de Prusia", las rápidas espumas del Rahue, las tardes sugestivas de Calbuco, las piraguas de las mares australes, la fauna y la flora milinas. Contra la embarcación moderna, irritado armará su arco el indio, retirándolo de su costado para disparar rauda flecha en dirección al vientre del gigante de hierro.

¿Qué de variadas y bellas visiones pasan bajo la inmensa comba de la Cruz del Sur!

La estirpe bravía, familiarizada desde la infancia en luchas contra la naturaleza, demuestra su arrojo como en otro tiempo Cauquipoicén y Colocolo. Bronceados muchachos corren fugaces como el huemul, para atacar, honda en mano y a pedradas certeras, a los "rudos, feroces capitanes, de dioses vengadores". Su furia guerrera, su sed de matanza, no son ajenos a los rasgos compasivos. Recuérdese la gentil acción del pastor que anhela demostrar su venganza contra la

huña o gato montés que devoró a su inocente corderillo. Captura hábilmente al rapaz animal; pero al ver que sus hijuelas se quejan después de mirarse frente a frente niño y bestia, vence la razón, humanitaria; de una cuchillada suelta el lazo para que la huña, libre ya, vaya donde sus pequeñuelos. Con tales cazadores, el bosque secular es menos temible. Ya puede sinistramente avanzar "contra Lautaro la hiriente mesnada de Villagrán". La raza es varonil y sabe reirse de la muerte. Se diría que ni ella le doma, pese al viejo poeta Pedro de Oña.

Vivos cuadros los trazados por el pincel del bardo chileno, representante de un pueblo de paladines. Del Chile heroico ensalzó los capítulos que han conmovido a la América.

Como Margall, que observó profundamente a la naturaleza, para darnos telas dolientes, como la de la vaca ciega, Lillo nos transmite la emoción de la potranca dormida, que asustada se despierta a inclinar contra el cerco de buitres. ¿Qué pavor cuando ve acercarse el negro jabelón despiégalo hostilmente! Allí su anhelo desesperado de salvarse, entre atroces heridas, hasta que vencida sin remedio, cae al abismo, sin ojos, sin lengua, para servir de pasto a la bandada carnívora. Otra visión angustiosa es la del potro forastero presa de la tembladera.

¡Oh, poesía americana, cuántos motivos presentas a los cantores de tus grandezas!

Es inagotable como tus selvas, inmensa como tus montañas, impetuosa como tus torrentes, rebelde como tus primitivas razas autóctonas, rica como los tesoros que encierran tus entrañas.

Los propagadores de las bellezas de América, desde su maravillosa prehistoria hasta los encantos actuales, son los épicos y patrióticos adalides de la literatura nacional, los que encumbrian a la masa de nuestros solares nacidos, en la lucha contra las corrientes malsanas e insinceras que postran a las letras y las deshonran con temas de pega, usurpados y enfermizos, que desdeñan lo nuestro por ir a buscar la inspiración en ajenas fuentes, a las que a veces ni siquiera conocen de vista.

Más, pese a la resistencia de algunos descañados, a la postre triunfan los bardos genuinamente americanos, como Lillo que briosamente tremola su palma nativa "Bajo la Cruz del Sur", y no obstante los que todavía desconocen las ternuras y seducciones de la casona tradicional, respetable y querida.

El libro de la Hermana

La poesía familiar, en medio de sus ternuras íntimas, corre el peligro de caer en el prosaísmo. No pocas veces el amor ciego, arrastrando al poeta al despeñadero del ridículo. Ni el apóstol Martí se vio libre de

la tentación. En el Ecuador a un talentoso y sagaz Presidente de la República, de fino tacto en la diplomacia, le volvieron capítulo de acusación sus versos familiares a un miembro estrecho de familia. El Isidorito hizo época, provocando la hilaridad en los adversos campamentos.

A Juan de Dios Peza se le ha censurado la escasa poesía de varios de sus poemas de familia. Otro peligro es la afectación, que raya en falso misticismo.

Con admirable tino ha huído de estos vicios el poeta costarricense Rogelio Sotela en "El libro de la Hermana". El título parece muy trillado; pero la realidad es otra. Acierta a entrar delicadamente al corazón a musitar dulzuras fraternales. Es sedativo, de ternura tan honda, que sin quejos ni lloriqueos, inefablemente provoca la efusión de las quemantes lágrimas que tonifican el espíritu.

"El libro de la Hermana" es breviario de consolaciones; reza, con sincera emotividad deprecatoria, las íntimas penulteriores fraternas, rebosantes, de santa unción familiar. Desde que el pobrecito de Asís, arrebatado de la mística locura del amor universal y desprendimiento, dio en la manía de conversar con las aves y las fieras y los peces, llamándolos hermanos, inclusive el carnívoro lobo, de nada se ha abesado tanto como de esta palabra. A cada momento, en elocante tuteo, la hermana flor, la hermanita, uña, la hermana melancolía, la hermana bohemía, han servido de pretexto a multitud de versificadores para disparatar, sobre todo a los afectadamente religiosos que copian a Amado Nervo. Se ha vuelto lugar común, comodín para salir de apuros en melosa parla el calificativo o el vocativo fraterno.

En Sotela no existe esa estudiada actitud; la invocación es real y espontánea. Una hermana auténtica aparece a brindarnos, no licores enervantes de fingido cariño, sino los humildes y sanos que fortifican al espíritu. Hasta el dolor se nos ofrece como una suave alegría de las almas abnegadas. Nos sentimos más buenos en presencia de las generosas emociones que despiertan los ingeniosos pensamientos de Sotela, refrescados por el rocío de la sinceridad. Formulamos altruistas promesas y votos de suprema reforma. La admirable sencillez se aduna con la encantadora poesía.

"No hay tristeza en mi verso ni se queja mi rima, dice el autor de "El libro de la Hermana"; lo que hay es paz serena y en esa paz se anima la musa pantefista que tan feliz me guía; lo que hay es que en mi verso se canta la alegría con tono tan suave que sólo ella lo sabe".

Impregnado de bondad, la comunica a los lectores, cautivándoles. El optimismo palpita como cálida aurora de esperanza, que salva del cierzo helado a los rosales.

No te pongas tan serio que me des mucha pena.
 Recuerda que la vida puede hacerme tirona;
 yo pondré mi entusiasmo, sigue tú siendo buena.
 Y así verás qué amable será vivir. Las cosas
 tú lo sabes, se muestran noblemente sencillas;
 pero eso sí, no olvides... Hoy que costar las cosas
 porque los pobrecillos
 siempre son susceptibles de su abandono... Escúla
 de todo con cariño, que es amable la vida.

Páginas delicadas, manantial de ideas regeneradoras; invitan al martirio personal en bien de los demás, acorazados por la grandeza de la filosofía humanitaria.

¡Que alguien abra la voz y nos huela!
 ¡Que alguien nos dé una cruz y nos huela!
 Está bien... que otros hagan de verdugos,
 más bello es el dolor porque él nos salva.
 ¡Que nos huren y alguien nos acocha!
 ¡Que nos huren y alguien nos acocha!
 a ver si nuestro dolor por resaca
 Está bien... será prodiga la herida:
 como la tierra en surcos se abre el alma

Los enfermos de alma y cuerpo ensucian la anestesiada medicina. La voluntad saldrá al fin vigorizada, como después de un régimen educador del carácter y afablemiente cultural. Es la paz de la convalecencia a que se refiere el poeta costarricense: burramos el mal de nuestros pensamientos, transformándonos por el sublime amor, que nos mueve a tender la mano a nuestros enemigos, perdonándoles sus culpas, imitando al loto que "pone su nieve en el pantano".

Cumpla siempre la poesía su misión redentora, pule los sentimientos, tienda a que seamos menos ruines, levante los corazones hacia el ideal, combata por el triunfo de todo lo excelso y educador, fortificando el sentimiento fraternal entre los hombres, sin dejarse alucinar por la rima afeminada, la cláusula enigmática, la imagen extravagante, el pensamiento enfermizo de los que quieren buscar vana novedad en el tropel en la decadencia literaria; cubierta de falsos brillos. Componga la poesía libros capaces de rivalizar con el tierno y plácido de Sotela, feliz al lado de un puro corazón, que le aura hacia las alturas que cantó, para Gloria, Salvador, Díaz Mirón; pero sin ensorbercerse por nada.

Los Cuentos de la Montaña

Es una dulce poetisa colombiana de estilo e ilustración, que ha unido su suerte a un cantor de prestigio, la que ahora, con riqueza de idealidades, que encumbran la intención humana, ejercita su pluma en la prosa. Para cultivarla espontáneamente, ha ido a admirar los encantos de otros horizontes. Su libro de sinceridad y sencillos cuentos, sin complicaciones psicológicas, ni feos casos patológicos, dejan adivinar un vago perfume de la tierra. Se diría que el aire de la selva nativa crea los jardines interiores, poniendo de manifiesto la abundancia de óptimos arbustos que se desbordan por la pluma.

Siempre será más delicado y hermoso ocuparse en asuntos que ennoblezcan el espíritu, que lo aclaren y consuelen, que en tóxicos casos, escogidos con depravado gusto en el albañal o en el pudridero de las pasiones de los degenerados, tempranamente víctimas de punibles instintos. El realismo no consiste en remover hediondes y miserias, sino en suavizar, con un poquillo de poesía, la desnudez de la existencia. Ni estriba la originalidad en presentar depravaciones que suponen anormalidad o vesanía.

Blanca Isaza de Jaramillo Meza nos da a gustar sus ingeniosos y reducidos «Cuentos de la Montaña», en los que no hallamos corazonces que se corrompieron adrede, ni cuerpos desaseados, exhibidos con morbosa delectación.

Todo lo contrario; los temas no causarán rubor ni náuseas en los bogares.

He aquí la síntesis de algunos.

La seductora bailarina Ofir, dominadora del aire, con un ósculo de amor, elegante mente, da gentil camelina a su admirador, el aristócrata Alberto Arévalo. El artista Sonny, en la añoranza de otro jardín de su infancia, llora en la sombra, enamorado, celoso. Ofir ejecuta maravillas en el trapecio, desafiando, como las águilas, el espacio, ante la multitud que le aplaude frenética. De pronto un rechinar espantoso, un crujido desconcertante, algo que se rompe, un alarido inmenso que reemplaza a la cálida ovación. La equilibrista se ha destrozado la cabeza en el pavimento. «Parece sentirse en el teatro el aleteo de las grandes alas rojas de la Locura...»

José, desesperado de los golpes que recibe su madre, aun cuando huérfano, desvalido y apenas mocetón de trece años, sin más escuela que el dolor mamado desde la cuna, venga a la acongojada mujer, sin resignarse al verla sufrir y llorar. Se arroja como un tigre contra el jugador y borracho Miguel y le hunde el cuchillo, recuerdo de su padre, en el corazón. La justicia prende al pequeño homicida, y él grita: «Adiós mamita; no llore; que algún día vuelvo; ya siquiera no quisiera quien le pegue!».

Acción generosa de niño, la del cuento de Navidad, en que el payaso de coluloide es pretexto para efusión de nobles sentimientos.

Otro niño, Tony, va, en defensa de su padre enfermo, a solicitar amparo al patrón desalmado, de corazón, más que de pútrida, de lobo.

Y así continúan desgranándose los argumentos de los cuentos de la escritora y poetisa Isaza de Jaramillo Meza. Los chiquillos tienen puesto de preferencia en los asuntos de las narraciones: Joséln, Manolo, el Impiote, botas; Ketty, la que juega con soldaditos de plomo; Juanillo, el matador de toros, a caballo la corrida; Pepín el sublime muchacho que sacrifica su tesoro, el sombrero de paño azul, regalo de su madrina, etc.

Son tristezas de la vida las de «Los Cuentos de la Montaña»: pero enaltecidas por el ideal de la esperanza, por el amor, por todo lo que de humano queda en el pecho.

Cuentos cortos, narrados con soltura y claridad, melifican un tanto las crueldades del destino, impidiendo que la bajeza se levante impávida a reírse de la impunidad de sus viles acciones.

Tal acontece en el relato «La Cita», premiada con una medalla de oro. La preciosa cortijera Luisa a punto de ser seducida por el aristócrata Faldán, encuentra un brazo protector: el de su padre Andrés, que con su escopeta camuflada al *gato* junto al roble grande.

Se leen rápidamente, por que no causan. El diálogo es rápido, vivo: los acontecimientos se suceden muy pronto y las descripciones son breves, porque la autora prefiere la acción a los rodeos deslumbrantes.

El Poeta del Periodismo

En el Uruguay florece una pujante juventud que a cada paso nos sorprende con sus manifestaciones intelectuales, hermosas y variadas. Y no sólo nos llaman la atención los poetas y escritores que salen de las aulas universitarias, lozanos de cerebro y ágiles por los más frescos ideales, sino también las juveniles poetisas, que desgarran ideas y sentimientos en raudos versos, rítmicos y rozagantes.

Cada día nuevos libros, llegados de la tierra de Rosó, esparcen la semilla de belleza por los campos de América.

Mario Castellanos, con su «Selva Sonora», viene a hacernos conocer sus modalidades, fortificantes y artísticas, tan lejanas de la decadencia juvenil de otros pueblos.

Batona de fuerte, nacido para la lucha, al que no arredran adversidades ni amilanar vilezas. «El Dolor multiplica mi energía, que pulo su diamante en la porfía», dice.

Canta, con serena justicia, los valores auténticos de los Estados Unidos de Norte América, apartándose de lo que, con desconocimiento del medio ambiente, expresó Rubén Darío. «Pueblo magnífico, de quien Wilson fue gúfa, nomen, capitán», llama Castellanos a los Estados Unidos en su poema «A la Patria de Washington», reconociendo que es hogar de libres, «tierra sin centros, que no sean de flores». El himno es maravilloso, como una protesta contra los que hablan de memoria o repiten por boca de ganso los disparates que se han dicho contra los nobles yanquis.

«Y no olvido, agrega, que, siempre, la musculosa diestra del gran país del Norte, franca y abierta está, — como un índice inmenso, como un guión augusto— extendida, en un gesto rotundo y fraternal, a través del

Atlántico, bajo el zafir del cielo, a manera de un símbolo de Honradez e Igualdad!»

Pero en estas líneas sólo queremos referirnos al poeta del periodismo, que ha trazado la ruta de la prensa, su ética, las responsabilidades de su misión y el deber que le cumple al intuir los ideales del alma popular.

Con verbo elocuente y sonoro apostrofa así Mario Castellanos al periodista: «Tuya es la gloria excelsa de aunar el áspero camino a todo peregrino de la Ciencia o del Arte y ser, por fin, su heraldo y paladín!».

Sus enseñanzas son múltiples: van a sabios y artistas, a ricos y pobres, al púdicio y al satabanco. «El primero en la guerra y en la paz, todo lo bueno y noble vivificas, con tu verbo eficaz», añade.

¿Cómo elabora, en sus laboratorios de ideas, la fama y la gloria, la consagración y el triunfo que a tantos aprovechan, menos a él? Su deber es informar y educar siempre, aunque vuelquen los mundos. Sus manos urgen a los humildes, a los buenos; destronan a los protervas y a los poderosos. El diario moderno es micrófono y megafonios. Lo anima, como Prometeo, el periodista con la chispa divina de su inspiración. «En todas partes, como el aire, te hallas: ágil, inquieto, protoforme y vario... ¡En la paz, inocente del Santuario, y en el caos fértil de las batallas!».

Con razón el célebre sociólogo y crítico uruguayo Juan Antonio Zubillaga, prolijo analizador de las obras de Rodó, y moralista severo, con su acerada ironía contra las malas costumbres, ha dicho de Mario Castellanos, estudiando una de sus luminosas faes: «A su vez, el más noble concepto de la prensa y de la misión del periodista—consideradas una y otra— en los aspectos en que la primera puede alcanzar más moral trascendencia y la segunda implicar más alto sacerdocio—inspira al poema que el autor llama «El Periodista». Y cuando ese respeto a la virtud y a la dignidad que adoctrinan al espíritu público desde la hoja cotidiana, tributa su homenaje, como en este poema de Castellanos, revestido del supremo arte que merecen las mayores obligaciones del culto a los valores que más engrandecen al espíritu humano; algo que en la intimidad esencial de cada ser origina las más hondas simpatías, promueve un sentimiento de gratitud en los que invariablemente, sobreponiéndose a todos los egoísmos, permanecerán leales a la más alta moral en el ejercicio del apostolado de la prensa».

Poetas jóvenes, de este recio temple de alma, necesita la América Hispana para sus luchas contra lo decrepito, corrompido, efímero, inconsistente, contra los tempranos vicios y el naufragio de los caracteres.

Alejandro Andrade Coello.

Esbozo Sobre la Felicidad

UNA de las principales preocupaciones del espíritu humano, consiste en el laudable deseo de ser feliz; en la forma, modo y manera de cómo se colmará ese deseo; de cómo se obtendrá la ansiada felicidad. Todos deseamos vehementemente ser felices y prodigar felicidad a quienes amamos y creemos que nos aman. El individuo, para ser feliz, piensa, estudia, trabaja. Trabaja conocimiento con sus semejantes; establece relaciones, comercia y vive en sociedad. Vive en sociedad porque la tradición, la historia y la práctica de la vida le han dado a entender que con su aportación personal a la ciencia, al arte, a la industria, a la agricultura y al trabajo útil, en fin, podrá percibir del común social, a guisa de trueque, más o menos equitativo, lo que para sí y los suyos que se hallan indefensos necesite. Es esta una ley moral y económica inherente a toda forma de convivencia colectiva, que rige, a través de los tiempos, en cada uno y todos los sistemas de organización social.

Desde los más remotos tiempos, el hombre, en todas las latitudes del planeta, sin excepción de raza, de color ni religión, hase unido solidariamente a sus congéneres para hacer circular, por las arterias sociales, los productos de su esfuerzo, con el fin de agenciarse, en justa compensación, lo necesario a su subsistencia, de entre lo producido por los demás; y porque sabe por experiencia que, por muy capacitado que estuviera para diversas funciones y por mucho que luchare, jamás podría llegar a bastarse a sí mismo.

Hasta aquí, y desde el punto de vista expuesto, el hombre mantiene limpio e incólume su equilibrio moral, sin dejarse influenciar por insanas y desviadas pasiones. Es el tipo humano de costumbres sencillas y, por ende, austeras, sin perturbaciones destructoras, sin más introducciones espirituales en su conciencia que las que, naturalmente, le impone el progreso en general.

Mas si el hombre, en su alta calidad de rey de la creación, es capaz de asimilarse, envuelto por un ambiente propicio, todas las ventajas morales, intelectuales, científicas y económicas que llevan en sí los tiempos, también deja que se infiltren en su es-

piritu, todas las malas pasiones, hasta el extremo lamentable de reparar la conciencia de su natural y primaria filiación, si fué buena en sus albores, o embrutecerla hasta dejarla desconocida, si por herencia, o desde sus primeros días, llevaba ya aparejados sedimentos pasionales corruptores.

Con lo dicho, decir quiero que, si es verdad que «no hay mal que por bien no venga», no lo es menos que no hay bien que no lleve en sí posibles predisposiciones para el mal.

Así, puede muy bien ocurrir, y ocurre en efecto, que la misma superioridad intelectual que el hombre goza, con respecto a los otros seres de la escala zoológica, que le da medios y ocasión para vivir una vida más intensa y más rica en matices y emociones, puede hacer del ser humano la más desgraciada de todas las criaturas, ya que la mayor inteligencia y efusión empleadas para asimilarse atributos de bondad y de virtud pueden ponerse en funciones para empresas de vicio, de maldad y corrupción. Del mismo modo que la riqueza económica que permite la holganza y el regalo, tiene más posibilidades y perrechos que su dorso la pobreza, para pervertirse y sembrar por el mundo la desdicha y el dolor.

Y así como los vidrios se empañan y ensucian con la sola acción de la atmósfera y el polvo, sin que sea necesario que el hombre los ensucie adrede, y no se limpiarían por sí solos, la conciencia de la criatura humana se impregna, con facilidad pasmosa, de todas las morbosidades insanas que en el ambiente germinan, y hace falta que ha menudo se le pase la esponja y los paños de la virtud, para evitar que el morbo se haga en ella constitutivo, como los vidrios necesitan, para estar claros, que la higiénica mano del hombre los limpie de vez en cuando.

El hombre, pues, por la misma razón de que es capaz de sentir la belleza de alma y producirla, por ende, hasta la sublimidad, está también muy expuesto a ser crisol de las más bajas pasiones, sin sentir jamás nobles placeres espirituales, buscando en su exterior matices y emociones que se hallen en sí mismo, dentro de su propio ser.

El hombre acierta o yerra con igual facilidad, y es muy probable que esté más sujeto al error que a la verdad.

Y, claro, viviendo el ser humano rodeado de riquezas materiales y con arrebatos para obtenerlas, las cuales a su turno producen goces físicos y aun pequeños placeres espirituales, aunque ficticios en muchos casos, no fué extraño que dirigiera sus insaciables afanes hacia la conquista de esas riquezas, o, por lo menos, de los medios económicos que le habrían de permitir el darse una vida regalaña salpicada de placeres inconsistentes y efímeros, al de luego; pero considerados, por la mayor parte de personas, como únicos e instituidos puestos al alcance de sus manos.

Sin embargo, ningún error aventaja en cracidad y elocuencia (porque elocuente es todo lo que se atibeta a la primera ojeada) a ese de buscar felicidad en los placeres materiales que pueden obtenerse en la inmensa feria de la vida social, con escasos méritos y abundante habilidad, osadía y desvergüenza; pero la Humanidad es así; para asimilarse una verdad, por minúscula, espontánea y evidente que sea, es, fatalmente, necesario que pase por mil errores que la fustigen de firme. No parece sino que el dolor sea su sino.

Y es que el hombre está atascado sobremanera en la tierra; pegado a este valle de lágrimas, donde se ve forzado a atender a múltiples necesidades materiales y económicas que le ocupan la mayor parte de sus cortas horas. Y en estas condiciones, no le queda casi tiempo para extasiarse ante la Naturaleza y el arte que le proporcionarían variados goces espirituales. Y esclavos de sus necesidades y aun de muchos vicios, el pobre animal racional circula por la vida sin darse apenas cuenta de que posee sentidos superiores a los cinco corporales. Y envuelto férreamente en el cruel torbellino de sus múltiples miserias, consume inconscientemente su efímera existencia, y lega a la posteridad el triste patrimonio de sus lúgubres desdichas, el cual es cura y ambiente de las generaciones futuras.

Y no sabiendo salir el hombre del charco de sus miserias, no puede sentir más goces que los puramente materiales, siendo insensible su ser anímico a las inefables armonías que emiten a su torno los mil instrumentos melodiosos que, en forma de arte y belleza espiritual, reproducen el inmenso y ameno pentagrama de la vida.

Y así, la pobre Humanidad, sin pertrechos morales para defenderse de sus propios errores, va rodando, de generación en generación, por la pendiente de sus desdichas, sin hallar jamás el ansiado remanso del posible minimum de felicidad a que tiene natural e inminente derecho.

Hemos dicho minimum de felicidad y con ello queremos decir felicidad relativa, ya que no es concebible la felicidad absoluta que, en tal caso, no sería dicha alguna.

Claro que hay personas que dado su modo de ser nunca sefían felices, y hay, en cambio, otras, que con poca cosa se considerarían tales.

Unos buscan la felicidad en amontonar riquezas. Otros en la glotonería o en el lujo. Otros en fiestas, etiquetas y viajes sin plausible objeto. Otros en exhibir su orgullo y vanidad por mil medios. Otros en el juego y en vicios de peor índole. Y todos nos empeñamos en pedir peras al olmo, o en buscar la felicidad donde hallarla no podemos, que para el caso es lo mismo.

Cuando no se sabe ser feliz, cuando el espíritu no está en condiciones para hacer brotar la dicha de los medios que están a nuestro alcance, todo se nos trueca en tedio, desaliento y desdicha. Así, resulta inútil buscar la felicidad en nuestro exterior, si antes no hemos aprendido a ser dichoso; si antes no hemos preparado el campo espiritual interno, para que las impresiones que de fuera vengán produzcan las imágenes de humor y gozo que necesita nuestro espíritu.

La vida humana, en todas sus manifestaciones, sin faltar una, reclama esforzado aprendizaje; función constante y consciente de la voluntad; orientación y esfuerzo espiritual. Sin ello el hombre naufragaría en cualquier atoladero; nunca saldría indemne y salvo de las locuozas situaciones que se le presentan en el curso de su existencia terrestre.

Animo y entereza para dominar los efectos aflictivos que lleva en sí toda desgracia. Serenidad, tiento y cachaza para no desesperarse. Energía y humor para reirse conscientemente de todo. Estos son los atributos y pertrechos que el hombre ha de esgrimir contra toda adversidad; "que detrás de un tiempo otro viene, y no hay mal que cien años dure".

Quien posea las plausibles condiciones apuntadas, está camino de ser feliz; en la

MIS HIJOS

EL POEMA de mi vida se divide en seis cantos: cantos de felicidad, de amor, de armonía.

El primero.—Es suave, dulce y bueño; su palidez de cera, su apariencia débil y delicada hacen que al verlo brote a raudales la ternura y los ojos para mirarlo adquieran suavidades de raso.

El segundo.—Es el nacer de la aurora, bella, tomó de la mañana su frescura y timidez y la obscuridad nocturna se reflejó y concentró en los ojos; quien la mira, sonríe largamente, como si evocar un ensueño.

El tercero.—Fuerte, ágil, arrogante y bella, desafía a la vida; el sol, al besarla, doró su piel y para que contraste lo moreno de ella, dejó olvidados entre su negra cabellera, como brochazos, el oro de sus rayos.

Cuarto y quinto.—Juntos nacieron a la vida como un brote triunfal del amor, con la blancura nacarada de la luna, tocados de diadema solar. El, en la negrura de sus ojos, muestra valor; brío y pujanza, que aplaca la presencia de ella, cuyos ojos, cargados de ensueños lejanos, apenas se abren; su color misterioso conturba, y sin querer se piensa en un más allá.

El sexto.—Es un conjunto, un manojo de gracias; la nieve y las rosas lo formaron y la alegría lo bañó a raudales, y ya, en su diminuta figura, se adivinan los arrestos y arrogancias de candillo, y las locuras y arranques amorosos del poeta; nacido en tiempos de inquietud guerrera, gozará en esta tierra de excentricidades o morirá víctima de traición alevosa.

¿Qué importa que la Despiadada falaz golpee ya a mi puerta? ¿qué más da que los años tercios y constantes aprisionen mi cuerpo en destructor abrazo? Irradian como aureola sobre mi frente las hebras argentadas, vanas como los sueños, vanas como la vida!... Mi poema perdurará, vivirá tanto como pueden durar seis vidas. ¡O será efímero y pasajero como la gloria? ...

Y en vano pienso en la fragilidad humana, en vano pienso en la ausencia eterna de los que amo; vivo feliz, y a sorbos lentos, para alargar la dicha, bebo en el vaso de la vida; y así partiré en no lejano día, sino con acopio de virtudes, orgullosa de mi tesoro y, al presentarme triunfante en la celestial morada, antes de que empiecen a juzgarme diré: ¡Señor, he sido seis veces madre!

Aspasia

antesala de la dicha puede circular, con tantos a su favor, por el páramo terráqueo.

Quienes no las poseamos, que sin duda somos los más, debemos de hacer por adquirirlas (si es que no nos son inasequibles); de lo contrario, seremos siempre blanco y granjería de la acechadora desdicha.

Peró por felicidad no debemos entender el artazgo, la disipación, la vorágine, sino el comedimiento, la templanza y sobriedad en el uso y consumo de las cosas; que el abuso es dolor y no es dicha.

Quedamos, pues, en que la felicidad consiste más en la adecuada disposición temperamental que en los medios materiales de que podamos disponer para darnos goces. Hay quien, situado en un emporio de riquezas y de bellezas, naturales o artísticas, no podría jamás pasar de ser un solemne desgraciado. Y hay quien, viviendo en un

medio pobre y gris, sabría hacerse dichoso.

Otro medio de felicidad personal, y no endeble por cierto, lo constituye el saber, o simplemente el creer que los demás son felices. Y, sobre todo, lo que más aproxima a la verdadera felicidad es el pulsante y plausible deseo de alcanzarla, si no se tiene, y ensancharla e intensificarla, si se ha empezado ya a gozarla, pero siempre huyendo de los placeres groseros y materiales, y yendo en pos de los goces delicados del espíritu.

Y para llegar a tan sublime beneficio como es la felicidad de que venimos hablando, o sea la dicha relativa, porque la absoluta no existe ni existirá jamás, nada mejor ni más práctico que vivir en plena paz con los hombres y con la propia conciencia.

Ramón Vaquer

RAZA, GRILLETE

PROBLEMA fundamental para los países de habla española. Fernando Ortiz—ilustre mensajero de la intelectualidad cubana—ha dicho recientemente, en Madrid, estas sencillas palabras:

—Cultura, no raza.

Pudo asimismo decir:

—Presente, no pasado. Propósitos, no recuerdos. Reactivos, no bálsamos. Aire libre, no cadenas. Vitalidad, no anquilosamiento.

Pedir tales raíces es querer asegurar la futura robustez, la cierta exuberancia del árbol. Se ha llegado a la médula del problema. El llamado «disponoamericanismo» está, pues, de enhorabuena. Comienza a meditar en él profundamente. Ya, en Madrid, esa afirmación provocó muy sabrosos comentarios. Algún periódico hablaba de la «cultura teológica», única posible en España, «porque en la turquesa del catolicismo está vaciado el arte español, el derecho español, la vida toda de España... etc.» Para este periódico, «cultura» es tanto como seguir unidos a la carreta de buques de San Isidro Labrador. No titubeará en afirmar que las mercaas últimas de automóviles españoles, están inspiradas en San Isidro de Sevilla).

El concepto de *raza* se nutre de cadáveres: Por eso, preferentemente, lo defiende el hombre de las cavernas. El concepto de *raza* se nutre de materiales históricos casi siempre de derribo, no de sustancias vivas: Por eso lo defienden—en primer término—los que viven, y se limitan a vivir, de lo heredado. Y en vez de negociar sus talentos, los entierran, plantan encima esas *floras naturales* de falsa poesía, regadas opulentamente por la inagotable cretinidad.

La raza está allí, detrás de nosotros, sujetándonos el pie. Como nos lo sujetan todas las fuerzas oscuras de la vida. Esta o la otra raza no puede ser para dos pueblos una gloria común: la raza es un grillete. Remar juntos, haber remado juntos—en una galera, en una cuna—no puede conducir a nada que no sea embarragarse también juntos, al llegar al puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquellos que desconfían—que temen—el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica docilidad del corcón.

Si España ni la América de habla española, si pretenden vivir armónicamente la vida de la inteligencia—única posible entre ambas,—se pueden contentar con linearse de hi-

nojos ante un telamo común, muy discutible, además, después de tanto injerto. Una cuna será todo lo «sagrada» que gusten los innumerables devotos de la desusada retórica «entrañable», pero en nuestro lenguaje de hoy—tan leal como escéptico—una cuna es, sencillamente, una *estacion*—la primera—en la sinuosa carretera vital. Es condenarse a prisión perpetua emocional, acumular ternura inútil sobre una cuna—símbolo de algo animal, primitivo,—donde el hombre y la bestia apenas se distinguen: Una cuna es, al fin, un cubil mejor aderezado. Es condenarse a un sacrificio infucundo, amontonar cariños sobre algo tan eventual, tan poco voluntario y querido, como una cuna: Mejor es repartirlos entre todas las estaciones del trayecto vital, encausarlas preferentemente hacia las futuras «estaciones», que son estímulos, mientras las pasadas suelen no ser sino removimientos, testimonios lamentables de nuestra endeble calidad de viajeros.

Hablar de *raza* es hablar de algo vegetal, remoto, oscuro, impreciso: concepto que sólo puede satisfacer a la grey impersonal, removida siempre—y únicamente—por razones ajenas a la razón, que *ni siquiera el varón más conoce*; que ya no puede satisfacer al considerable número de gentes sólo capaces de ser removidas—en España y en América—por estímulos del espíritu, por el progresivo y armónico refinamiento intelectual, por la cultura.

Cada lazo vegetal nos reduce un poco más el horizonte del espíritu. Quizá sólo una sucesión de oportunos desarreigos sea capaz de abrirnos plenamente los ojos a la franca serenidad—normalidad—de la mente. A la sed de mutua comprensión, de una mutua comprensión que comienza a ser posible por la comunidad de idioma y acaba—puede acabar—realizándose por la diversidad de pupilas, alertas cada una frente a un aspecto de la riqueza actual—material y del espíritu—de América y de España.

Entre América y España—¿por qué no abdicar bien en esto la atención?—sólo puede existir ya un *amor platónico*. Es decir, esencialmente comprensivo y alto. El instrumento de comprensión es refinado por la cultura en perpetua inquietud. Cultura es eso, no cierta capacidad de exhumación de registros civiles, no cierta sed pertinaz de seguir excavando. Agilidad para instalarse en el rico mundo espiritual de hoy, para atisbar el mundo de mañana, no para remedar a la mujer de Lot.

Y la cuna—*la raza*—es cierta voz doliente que invita al retroceso. La cuna como todo lo que despierta emociones tan impregnadas de animalidad, es la raíz de todas las incompreensiones, porque lo es de todos los partidismos, de todos los adios. Este concepto uterino del hispanoamericanismo sólo puede ser aprovechable por el fosilizado cultivador de la España tradicional, por ese escartonado filisteo que lleva los ojos en la nuca.

La tradición sólo puede servirnos de estímulo para rectificar sus errores. No como lección, porque la historia nunca fue maestra de nada y menos de la vida. La tradición es un museo donde el espíritu normal copia lo más aprovechable. Y donde el genio lo deforma, y deformándolo, lo recrea, lo inventa.



«La raza—ha dicho Fernando Ortiz—es concepto estático; la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura es, además, una fuerza».

Exacto. La raza es un hecho. Y no hay por qué tender los brazos hacia un hecho, hacia la afirmación de un hecho. Creo más útil movilizar los impetus aprovechables de este resto de lo que pudiéramos llamar *emoción hispanoamericana*, hacia la forja de he-

chos nuevos. Lo demás sería algo así como pasarnos la vida demostrando la autenticidad de nuestros apellidos. (Siempre creí que no podríamos llamarnos verdaderamente cultos mientras nuestro primer impulso, al sentir nuestra existencia, no sea acerrgonarnos de algún antepasado, o de todos).

En cambio, si podemos estilizar, refinar cada vez más nuestra máquina mental, cuyo producto es la cultura. Apenas tiene sentido entre América y nosotros la *voz hermanosa*. Mas sentido podría tener—repto—la de *amantes platónicos*, es decir, atraídos, no enlazados, por algo sutil, tampoco muy bien definido, pero siempre de linaje excelso; por la cultura. Es bien cierto que en estas disquisiciones sobre la *voz cultura*, muy pocos se dan exacta cuenta de su verdadera significación. No importa: basta con sentirla vivamente.

«Una cultura puede atraer; una raza, no» —añade Fernando Ortiz.—Esta es, creemos, la suprema razón. La raza limita, como todo lo que procede de la carne; la cultura ensancha el mundo del espíritu: único mundo capaz de contenernos juntos, a América y España.

Madrid, 1928.

Benjamin Jamés

UN MENSAJE

Para "Araucana", en Chile

¿Qué feliz mensajera
llegó desde muy lejos a tocar mi ventana?
¿Qué paloma viajera
ha llenado de ritmos y de luz la mañana?
Araucana . . . Araucana . . .

Era de blancas alas y azulada gorguera;
en el pico traía una gran flor hermana;
era el mensaje de una lejana compañera.
Araucana . . . Araucana . . .

Nombre escondido y claro que a este cantor trajera
la virtud y la gracia de su casta araucana,
hija de raza fiera,
compañera lejana,
Araucana . . . Araucana . . .

San José de Costa Rica.

Rogelio Sotela

ESTUDIOS HISTORICOS

Las Fábulas de la Historia Continental

La camisa con que vistieron el cadáver de Simón Bolívar

ENTRE los simples que enseñan en las escuelas y que nos hacen leer algunos historiadores continentales, está la de la camisa rota con que vistieron el cadáver del Libertador, buscando acaso sensibilizar más aquella catástrofe de San Pedro Alejandrino que le fijó nuevos y dolorosos rumbos a la Gran Colombia; fábula ésta que ni siquiera tiene la belleza de la mentira que tanto contribuye a distraer la imaginación, como aquellas que nos presentan a Napoleón colvarcamente de espaldas a Rusia, y a Bolívar cabalmente de espaldas a Junín.

Para su grandeza, el venezolano no necesita de ese tanto legendario con que han querido dibujarlo a través del tiempo, en pintura superficial; mientras mejor se desdandan a los varones delante de los siglos, más rutilan con luz propia, con su ánimo íntimo y exacto. En vez de rastrear por todas las cordilleras andinas, por todas nuestras pampas desoladas, por todos los salones de la Colonia y de la Revolución, la existencia de este primer ciudadano de la hispania india, evitando la confusión de los valores esenciales que integran su cruzada admirable, los viejos narradores nos llevaron sus libros de fábulas; de injusticias y servilismos que han obligado a las generaciones sucesivas a emprender una profilaxis histórica para que no se pierda el equilibrio moral del pasado, por duro o insignificante que sea ante nuestros ojos.

Bolívar no llegó prisionero a Santa Marta para poderse creer que la maldad de los enemigos lo privaran de sus ropas; arribó allí con lo más necesario para su cuerpo, su mesa y sus viajes, dejando en Cartagena los objetos valiosos. En el inventario que se levantó el 22 de diciembre, dos días después de su enterramiento, aparecen *cuatro bañiles en la ropa de uso del Libertador*, y que por voluntad verbal de su dueño, les fueron entregados a sus criados. Nadie dudará que en cuatro bañiles de ropa debía haber camisas y entre ellas una siquiera digna de cubrir al famoso caudillo. Regresaba él del Perú, de la campaña sorprendente, de las noches santuosas de Lima, de leer mensajes y proclamas delante de gentes de frac, de las noches sensuales de la quinta Magdalena y donde se esponjó su tisis, resultante de más de doce años de pantanos y privaciones, todo lo cual hace suponer que a esa hora no

llevaría en su equipaje ropa de pones, como no las llevó nunca. Se hace constar que en la misma casa donde vistieron el cadáver, estaban los cuatro bañiles que nos ilustra el Inventario ya referido.

Pero se nos replicará que Bolívar murió en San Pedro Alejandrino y no en Santa Marta, donde estaba su equipaje; pero es el caso que él murió a la una de la tarde; a las ocho de la noche se lo llevaron para Santa Marta, que queda a una legua de la hacienda, pero antes el doctor Réverendí le había hecho la autopsia, para hacerle su embalsamamiento en el resto de la noche del 17. No es verdad, pues, como se lee en algunas relaciones, que al Libertador lo vistieron inmediatamente de haber muerto en la hacienda, ni tampoco en la ciudad, pues ya amaneciendo el día 18 fue cuando se procedió a amortaljarlo. Así queda desvanecida la primera leyenda de la *camisa de un español*, o sea la del nobilísimo meceno señor Mier, dueño de San Pedro Alejandrino.

Ya en la Aduana vieja el cadáver, y ya embalsamado, dice el doctor Réverendí que nadie tuvo valor para vestirlo y que se vio obligado a ello, cosa que se presta a varios conjeturas, porque presentes estaban muchos de sus allegados y muchos extranjeros, los unos acostumbrados a las carnicerías de los campamentos, los otros indiferentes al acto, y no creemos que todo se hubiera movido a contagiarse de tuberculosis. Nos cuenta también que le llevaron una camisa rota y entonces fue cuando hizo la frase *«Bolívar, mi cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra con a mostrar por una de las mías»*, pero le llevaron una del General José Laurencio Silva. ¿De quién era la camisa rasgada? Téngase en cuenta que esto apareció escrito en París en 1866, treinta y seis años después de aquel doloroso acontecimiento. A continuación de esta referencia y sin saber para qué el doctor Réverendí, o por lo menos en el folleto que se dice de él, se lee lo siguiente: «Entre los papeles que por disposición testamentaria mandó el Libertador se quemaran, me fue enseñado uno, el único que el señor Pavagean apartó para sí y era una acta o representación de varios sujetos cuyas firmas recuerdo muy bien y tal vez conocidas por los contemporáneos de la época si estuviesen vivos, en la

cual le proponían al Libertador que se coronase. Bolívar rechazó la tal proposición en estos términos: «Aceptar una corona sería manchar mi gloria; más prefiero el precioso título de primer ciudadano de Colombia». Todo lo cual nos parece muy dudoso, porque no iban Montilla, Ibarra, Wilson, Silva y demás compañeros del Libertador a dejar que se quemaran semejantes papeles, en aquellos días de traiciones y persecuciones sin antes leer y apartar los que acusaran a sus enemigos. Debe tenerse en cuenta que los diez baúles de papeles privados del Libertador y que en su testamento mandó a quemar, estaban en la casa de su amigo don Juan Pavageau y que dicho señor vivía en Cartagena, no existiendo el acta de quema de tan voluminoso archivo. ¿Iría hasta Cartagena el doctor Réverénd a presenciar la incineración, o vendría a Santa Marta el señor Pavageau con los diez baúles? Ya se sabrá que esos papeles acaban de ser adquiridos por el Gobierno de Venezuela.

Ya sabemos que en estos casos son los íntimos regularmente los que visitan a los muertos; allí estaban su mayordomo José Palacios y su antiguo criado José Antónex, asimismo los cuatro baúles con la ropa de su amo y señor; pero suponiendo que la camisa rasgada fuera de las de Bolívar. ¿Era la única que había en el equipaje?

El General Luis Capello Toledo refiere en sus «Leyendas Históricas» lo de la camisa rota, pero agregado que fue vestido con una camisola de olán batista, o sea la misma que hubo de usar el venecido cacique Minca Ariacataca quince años antes cuando el Pacificador Morillo lo condecoró con una medalla que llevaba el busto del rey; ésta de olán batista había permanecido todo ese tiempo guardada en una gaveta, en la misma Aduana vieja, esperando a Capello Toledo para que le hiciera su panegírico.

De todo lo cual se deduce que es fábula lo de la camisa rota y lo de la camisa del General Silva; que en el caso del anciano Mier, el cadáver no fue vestido en su hacienda; que la referencia de Réverénd no puede ser verdad porque allí estaba el equipaje del Libertador; tanto es así, que en la descripción del enterramiento escrita por el Secretario de la Comandancia General de Magdalena, se lee: «el cadáver del Libertador llevaba sus insignias militares»; todo esto evidencia que de la ropa de los cuatro baúles se hizo debido y oportuno uso; finalmente, la leyenda de Capello Toledo y que en «El Libro de Oro» trae también Cornelio Hispano, es hasta ridícula porque presentes estaban Mariano Montilla, José Laurencio Silva, José M^o Careño, su sobrino Fernando Bolívar, los edecanes Ibarra, Wilson y Paredes, Joaquín de Mier, su mayordomo Palacios y su criado Antónex y el mismo Réverénd para ir a consentir que, si no había camisas en la ropa

de Bolívar, en vez de una de las de esos señores, se le pusiera una guardada quince años en una gaveta y cuyo deplorable estado es fácil suponer. El general Silva vivía en la misma Aduana vieja, pareciendo más lógico, por lo tanto que estuviera, que en lugar de ir a trastear cajones viejos, fuera directamente a su guardarropa. Hispano asegura que la relación de Réverénd es ajustada a la verdad, porque en el Inventario de los bienes que dejó el Libertador en San Pedro Alejandrino no se hace mención de una sola camisa. Primero: en la quinta de Mier nada dejó Bolívar y fue en la Aduana donde siempre estuvo su equipaje, cuyo *Inventario oficial* se hizo el 22 de diciembre y el cual debemos aceptar como auténtico; segundo: que el contenido de los cuatro baúles no se verificó, pasando ellos a sus criados por voluntad verbal de su dueño.

Es que no se conoce que en la mayor tribulación, que después de más de dieciocho horas transcurridas entre la muerte de Bolívar y su amortajamiento, no hubieran su mayordomo o criados, tan eficaces y cumplidos, o sus edecanes, tan amorosos y fieles, o uno de los generales allí delante de su Jefe y padre, no se congoje, la indiferencia, el desdén que sugiere la fábula de las camisas, cuando en el correr de esa noche habían sido previstas y cumplidas otras necesidades menos inmediatas. Hay que hacer otra observación al margen del mismo motivo: ¿de dónde sacaron y de quién era el resto de la ropa con que tuvo que ser vestido el glorioso cadáver? Porque hay que suponer que no lo enterraron sólo de camisa.

Sabemos bien que estas líneas van a conternar, quien sabe si a destruir una de las bellas fantasías de nuestra Historia, fabricada a base de una ficción romántica, pero es verdaderamente extraño que ninguno de los testigos de aquel suceso haya ratificado la fábula, por lo menos en lo que llevamos leído. Sabemos bien que los misonoéistas van a alarmarse; los que han aceptado el legado histórico sin una sola observación al margen, cuando la Lógica que es el índice de lo cierto, está por sobre todas las conciencias y por sobre todas las leyendas; los mismos que niegan a la vez el despojo de libertadora que la posteridad le debe a Manuelita Sáenz, la adorada querida del Libertador y la adúltera de sus subalternos; aquella Manuelita deliciosa con mucho de Josefina en ausencia del amante, que fue a morir igualmente frente al mar, anciana y parálitica, también en la mayor pobreza!

Consultorio. Exceptuando los 33 Boletines que aparecen suscritos por el doctor Réverénd, y la descripción de la autopsia y embalsamamiento hechos al cadáver del Libertador, firmado todo del 1^o al 17 de diciembre de 1830, referendado debidamente por el Secretario de la Jefatura de Cartagena, Juan Bautista Calcaño, el 12 de enero de 1831, lo

demás que conocemos bajo la firma del anciano médico francés sobre la enfermedad y muerte de Bolívar, no puede tomarse como cierto al pie de la letra, avanzada ya su edad cuando escribió sus recuerdos de Santa Marta; se ha visto que tenía setenta años cuando su folleto circuló en París, pues había nacido en 1796.

Por ejemplo, Réverend informa que no fue el Obispo José María Estévez el que administró los últimos Sacramentos al Libertador, sino el cura de la aldea de Mamatoco, pues aquí había tenido un disgusto con el ilustre enfermo, pero "disgusto que nunca se ha sabido en qué se basó, y suficiente para que el Prelado no volviera a la hacienda.

Pero es el caso que el escribano de Santa Marta, José Catalino Noguera, certifica que en su presencia, en la de Monseñor Estévez, Montilla y otros, firmó el Libertador su última Proclama a los colombianos *"después de haber recitado los auxilios espirituales"*. De lo que se deduce, que si Monseñor Estévez se halló presente en tal acto y el cual tuvo lugar en seguida de los auxilios espirituales, o no hubo tal desagrado o no resultó tan grave, pudiendo muy bien el Obispo asistirlo como era llamado a hacerlo. La firma de Monseñor está estampada en el original del Escribano.

Maracáibo, 1978

Carlos Medina Chirinos

ARCANO

Hay nombres cuyo fuego devora a quien los lleva
y hay otros suavizados por llantos de mujer...
Algunos se destinan al dolor: Añán, Eva...
Otros son enemigos del cielo: Lucifer.

Algunos son viriles, tallados con escoplo,
y otros se desvanecen en profética aurora...
Los hay que están envueltos en un eterno soplo,
Los hay que una invisible llamarada colora...

Algunos se remontan a dolorosas rimas
para ocultar al mundo su roya cicatriz,
y los poetas pálidos los cantan en sus rimas,
Así nacieron Laura, Desdémona, Beatriz...

Y hay hombres misteriosos de palidez interna,
vocablos olvidados que ya la muerte roe...
Vocablos que reviven bajo una noche eterna,
cuando los busca un mago doliente como Poe...

Vocablos muy antiguos, con algo de amuleto,
con doble sombra de alas que anuncian siempre más...
Vocablos impregnados de un gran poder secreto,
Pero hay una palabra mayor que las demás.

Es ésa la que el hombre no ha conocido nunca,
Está llena de espacio, de eternidad, de miedo...
Es ésa la que sólo Jesús no oyera trunca
por alguien, en sus sueños, se le decía: quedo...

Palabra vencedora del rojo abracadabra,
palabra que ha arrastrado la creación en pos,
el mismo Arcángel tiembla cuando te oye, palabra
tumultuosa y profunda, nombre arcano de Dios!

Susana Callan Drelli

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos

PUBLICADO POR

J. GARCIA MONGE

Apartado Letra X
San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCION: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,
\$ 6.00 oro americano.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCION (ADELANTADA) Por un año \$ dólares

Dirección y Administración: LIBERTAD 747

U. T. (41) 3354 Plaza.

BUENOS AIRES

La obra
que nos ofrece
el
Mundo



NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL

ERNESTO GRANGER

JUAN DANTIN CERECEDA

Y

JUAN IZQUIERDO CROSELLES

Obra monumental, escrita por los más grandes autoridades en la materia, de una modernidad sin comparación posible, de una belleza deslumbradora. Es la obra concreta, útil, selectiva y científica. No es una abrumadora acumulación de tomos inútiles, ni tampoco un insustancial álbum de fotografías. Es la obra que siempre es necesaria a todos: al profesor, al estudiante, al hombre de ciencia, al ser curioso, a los que gustan contemplar el mundo en que vivimos.

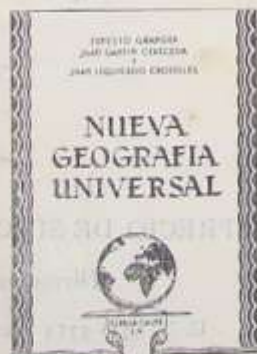
ESTARA COMPLETA EN TRES TOMOS

Ocho mil millones de páginas, centenares de mapas en negro y en color, entre ellos algunos que se publican por primera vez en España, como el de Islandia, Polonia, Estados soviéticos, etc.

MILLARES DE FOTOGRAFIAS

Cientos nuevos absolutamente, que nos muestran las bellezas del mundo en todo su esplendor. El tamaño de los mapas es de 24 x 31. Tres volúmenes encuadrados lapsoamente en tela. Cada volumen, 30 pesetas. La obra completa, 90 pesetas.

SE PIDE FOLLETOS ILUSTRADOS



DIRIJASE EN QUITO A
Arsenio B. Sánchez, Librería Española, Apartado 350
Antonio Lucas Paroles, García Moreno, 60